

El Ruedo



2
Ptas.

JOSE VALETICIANO.



Toreo mejicano
(Dibujo de Enrique Segura)

El Ruedo

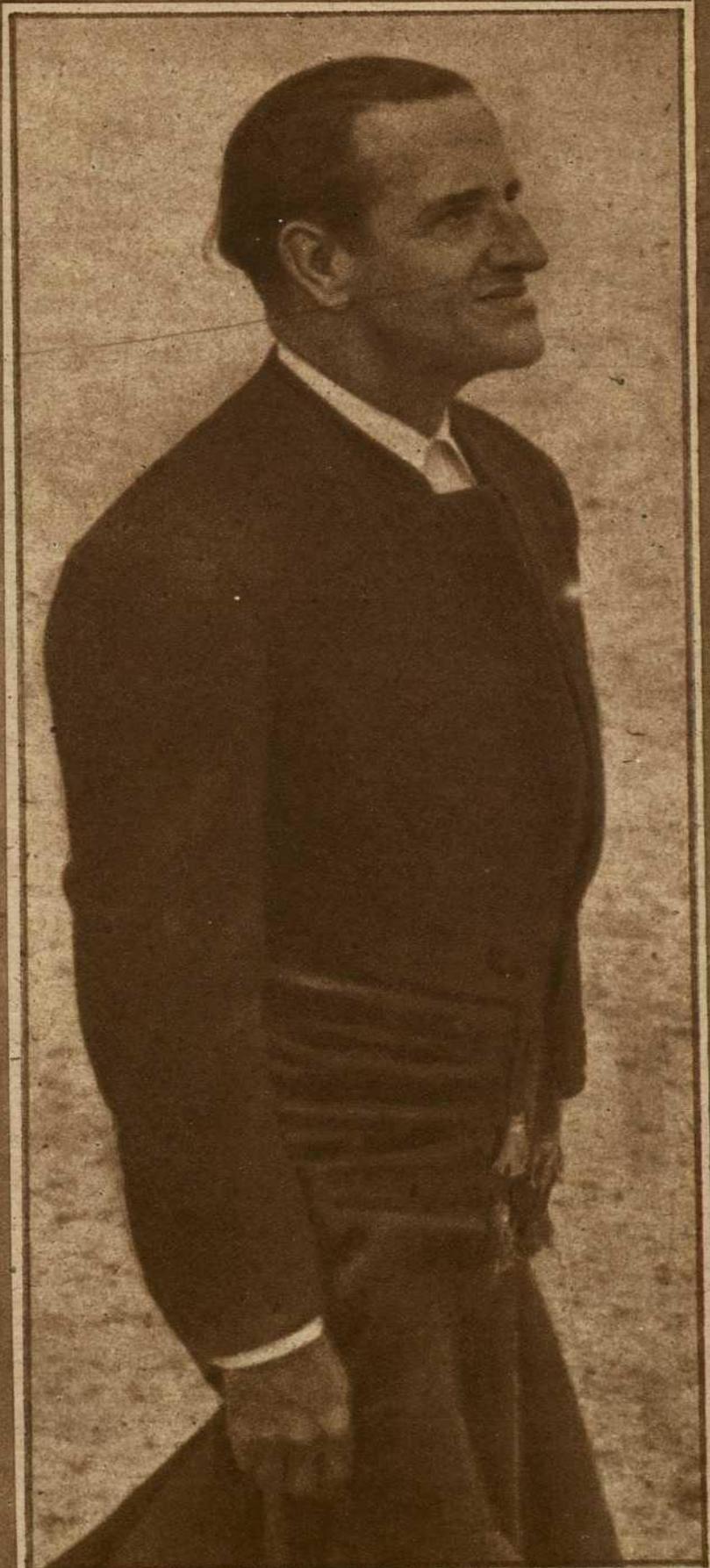


Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III -:- Madrid, 28 de marzo de 1946 -:- Núm. 92



Damos hoy en esta página la figura de Juan Belmonte en el festival de Colmenar Viejo. A su lado, el lápiz de Roberto Domingo ha plasmado lo característico del toreo de esta gran figura de la tauromaquia, que no regatea su arte ni su cooperación cuando se trata de festivales benéficos (Fot. Marí)





EL LAPIZ · EN LOS TOROS
DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

Por ANTONIO CASERO

Aquel caballo blanco, que picó toda la corrida y terminó siendo el blanco de todas las miradas...

La estocada de Boni
a su primer toro.

Francisco Rodríguez toreando
por naturales al tercer toro, del
que cortó la oreja.

ANTONIO CASERO

POR ESPAÑA Y AMERICA

Una gran novillada de Pablo Romero en Bilbao Triunfaron en Lima Manolete y Gitanillo de Triana Arruza y Montani cortaron orejas en Medellín Gran tarde de Manolo Escudero en Bogotá Antonio Bienvenida, operado.—Luis Mata llegó a Zaragoza



Gitanillo de Triana



A. Bienvenida



Manolete

El pasado día 19 —y damos ahora la noticia porque nos llegó con gran retraso— se despidieron de la afición peruana Juan Belmonte y Alejandro Montani. Alternó con ellos, en el ruedo de Acho, Manolete. Se lidiaron tres toros peruanos, de la ganadería de La Viña, y tres reses mejicanas: dos de Xajay y una de La Punta. No interesó a los espectadores la despedida de Montani, que estuvo mal. Belmonte toreó bien y mató medianamente. Manolete cortó las orejas de sus dos toros, fué ovacionado constantemente y dió varias vueltas al ruedo. Manolete fué Manolete en Lima.

Mario Cibré salió del Sanatorio en que se encontraba hospitalizado. Muchos ánimos y muchos proyectos. Celebraremos que la curación sea total y que el gran torero no tenga necesidad de hacer nuevas visitas a los quirófanos.

Luis Procuna no viene a España por prescripción facultativa. Parece que el mejicano no se encuentra en las debidas condiciones físicas. Muchos matadores de toros celebrarán la suspensión del viaje y, naturalmente, la mejoría de Procuna.

No hubo noticias del novillero José Luis Alvarez Pelayo, torero que ha hecho una gran campaña en América. Suponemos que Alvarez Pelayo seguirá toreando y triunfando.

Aun no se sabe si vendrá a España Lorenzo Garza. Hay quien asegura que se quedará en Méjico, y para afirmarlo se apoya en que Garza no ha toreado en su país y en que ha sido nombrado gerente de la nueva Plaza. A pesar de todo, a nosotros no nos extrañará ver a Garza por los ruedos españoles, sin que esto quiera decir que damos por segura su vuelta.

El domingo, día 24, se inauguró la temporada en Madrid. El mejicano Paco Rodríguez cortó la oreja del tercero y estuvo breve en el sexto. Manolo Perea, Boni, dió la vuelta al ruedo en el segundo y se defendió del quinto. El primer espada, Dionisio Rodríguez, luchó con dos mansos —uno de Terróns y otro de Ruiseñada—, y en ambas quiso triunfar. No lo consiguió. En el primero oyó un aviso. En el tercero escuchó muchos aplausos. Se lidiaron cinco novillos de doña María Sánchez de Terróns, y uno del conde de Ruiseñada. Desiguales en presentación y, sobre todo, en bravura. Fueron buenos el tercero y segundo; malos, el primero, cuarto y sexto, y regular el quinto.

En Barcelona (día 24), Alvaro Domínguez rejoneó y banderilleó un toro de Garrido. Pie a tierra hizo faena adornada y mató bien. (Ovación y vuelta.)

Los hermanos Pepe y Luis Miguel Dominguín mataron seis toros de Miura, grandes, descarados de pitones y escuadros de carnis. A pesar de esto, hubo toro, el quinto, que pesó 301 kilos. Pepe cortó las orejas del tercero, fué aplaudido en el primero y estuvo bien en el quinto. Luis Miguel estuvo lucido en sus tres toros. Los dos banderilleros a los toros tercero, quinto y sexto, y fueron ovacionados.

En Castellón (día 24), Carnicerito de Méjico, Morenito de Talavera y Julián Marín mataron toros de Ginés Garrido. Carnicerito de Méjico cumplió. Morenito de Talavera cortó orejas y rabo en el segundo, y cumplió en el quinto. Julián Marín cortó las orejas y rabos de sus dos toros, y fué sacado en hombros.

En Bilbao se inauguró la temporada el día 24. Pedro Robredo, Ricardo Balderas y Belmonte lidiaron novillos de Pablo Romero. Los diestros no hicieron grandes cosas. Todos los novillos —el cuarto pesó 281 kilos— fueron aplaudidos. Un triunfo más para la divisa.

En Ciudad Real (día 24) se lidiaron novillos de Juan José Cruz. Uno fué rejoneado por Pepe Anastasio, que dió la vuelta al ruedo. Los otros cuatro fueron estoqueados por Cagancho (hijo) y Juan Zamora. Los dos fueron aplaudidos.

En Colmenar Viejo (día 24) hubo festival taurino. Se corrieron cinco novillos de Fermín Sanz y uno del duque de Pinheroso. Juan Belmonte y el duque de Pinheroso rejonearon y banderillaron a caballo.

Luego, pie a tierra, mataron bien. Los dos cortaron orejas. Domingo Ortiga cortó la oreja de su novillo, Victoriano de La Serna y Rafael Lorente fueron aplaudidos. El aficionado señor Bollaín dió la vuelta al ruedo.

En Granada (día 24) hubo festival. Paco Casado, Manolo Martín Vázquez y Pedro Barrera cortaron orejas. El estudiante Ramón Herrero rejoneó bien un becerro, que fué muerto por Enrique Vélez. El quinto fué pasaportado por el estudiante José María Serratos.

En Lima (día 24), Gitanillo de Triana hizo una gran faena a su primer toro, del que cortó las orejas, y no estuvo acertado en el cuarto. Manolete, bien en el segundo, cortó las orejas del quinto, por el que fué cogido. La cogida no tuvo consecuencias. Albaicín no pudo lucirse.

En Medellín (Colombia) se inauguró la temporada el día 24. Se lidiaron toros de Clara Sierra. La corrida produjo tal expectación, que se llegaron a recaudar 100.000 dólares, cifra a la que nunca se había llegado en espectáculos taurinos. El Estudiante fué cogido por el primer toro. Tiene una herida en la parte alta del muslo derecho, con dos trayectorias. Se cree que tardará quince días en curar. Arruza, que cortó cuatro orejas y fué sacado en hombros, entusiasmó a los espectadores. Montani cumplió en dos toros y cortó las orejas del sexto.

En Bogotá (día 24), el Soldado y Manolo Escudero torearon a beneficio del Montepío de Prensa. Asistió a la corrida el presidente Lleras. Se lidiaron toros de Vistahermosa. El Soldado, muy bien toreando y mal con el estoque, Manolo Escudero brindó la muerte de su primero al presidente Lleras. Hizo una faena asombrosa por naturales, en redondo y mandetinos. Mató de una estocada hasta el puño. Cortó las dos orejas y el rabo y dió vueltas al ruedo. En los otros toros estuvo bien. Fué sacado en hombros.

El día 23 dió su anunciada conferencia en el Club Taurino Madrileño don José María del Rey, cronista taurino que ha popularizado su seudónimo de «Selip».

Ocuparon la presidencia don José María de Cossío, el subsecretario de Hacienda, señor Camacho, y el señor Vidigán. El señor Cossío hizo la presentación del conferenciante.

Don José María del Rey disertó sobre el tema «Sevilla, en la historia del toro». Hizo una detallada exposición de la historia del toro y resaltó la influencia de los diestros sevillanos en la lidia de reses bravas. Fué muy aplaudido.

Con las primeras corridas de toros llegaron los primeros multos por insuficiencia en el peso de los reses. Al ganadero don Antonio Luis Sánchez, 700 pesetas por los reses lidiados en Valencia el día 19; a don José Escobar, 2.400 pesetas, por los toros lidiados en Valencia el día 18, y al duque de Pinheroso, 6.000 pesetas, por los toros corridos en Barcelona el día 19.

Parece segura la vuelta al toro de Fidel Rosolem (Rosalito). En mayo emprenderá viaje a Méjico. Se dijo que con él marcharán Paco y Juan Doblado, y que si Rafael Martín Vázquez no toma la alternativa, irá también a Méjico.

Antonio Bienvenida ha sido operado de amigdalitis aguda por el doctor Bejarano. Celebraremos muy de vitas que Antonio se encuentre pronto totalmente restablecido.

En la iglesia de Covadonga fué bautizado el sábado, día 23, un hijo de don José Bernat, secretario del Sindicato de Ganadería y conocido hombre de negocios taurinos. Fueron padrinos la señorita Carmen Pérez Abellán y don Cristóbal Becerra. Nuestra enhorabuena.

Luis Mata llegó a Zaragoza procedente de Méjico. Dijo que ha toreado tres corridas de toros y veinticinco novilladas. Realizó diez viajes en avión. Para torrear en la Plaza de Toros de Ciudad Juárez tuvo que hacer un viaje de cuatro días, con un recorrido de 2.600 kilómetros.

Ganó la oreja de plata de Méjico, que el pasado miércoles, día 27, otorgó a la Virgen del Pilar. La oreja de plata de Matamoros, que ha regalado al Club Pepe Luis Vázquez, de Zaragoza, y la medalla Guadalupeña, que ha regalado a su madre.—B. B.



Montani



Arruza



M. Escudero

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



PERICO Chicote —excuso su presentación, por innecesaria y por no contribuir a que despache ni un mejunje más— dijo el lunes último, en «Sangre y Arena», la revista taurina de Radio Nacional de España, al contestar a unas preguntas de Carlos Revenga, que a cargo de las Empresas van a correr esta temporada los fracasos económicos de la fiesta. Supone el amigo de más amigos de España que «la mayoría de los empresarios perderán», aunque agrega que de la catástrofe tal vez puedan salvarse «los que consigan combinar los máximos carteles con las máximas figuras».

Esta posibilidad de ganancia la condiciona Chicote a que consigan también los aludidos empresarios colocar el anhelado cartelito de «No hay billetes».

Pero esto es harina de otro costal. Ya dije que el público sería quien pronunciara la última palabra en esta aguda crisis por que atraviesa la fiesta nacional. Si él se niega a sacar las localidades, cuando éstas alcancen un precio abusivo, las ambiciones de todos los interesados económicamente en la fiesta se vendrán abajo como por ensalmo. De nada servirá un cartel máximo de máximas figuras si el público se niega rotundamente a pagar las entradas al precio fabuloso que sueñan los empresarios. Diestros, ganaderos y empresarios caerían en la cuenta de que no valían tanto como ellos suponían.

Claro está que la experiencia del último domingo en la Plaza de las Ventas, cuya Empresa consiguió una entrada brillantísima para una modesta novillada, a precios insospechados, hace suponer a cualquiera que no hay quebranto posible, si no es para el público pagano. Y esto es lo que habría que evitar, en bien de todos.

Lo que hay que tratar de conocer es simplemente un medio eficaz que podía ser éste: un precio tope a las localidades, impuesto según las Plazas y según los carteles, como ya se ha propugnado aquí.

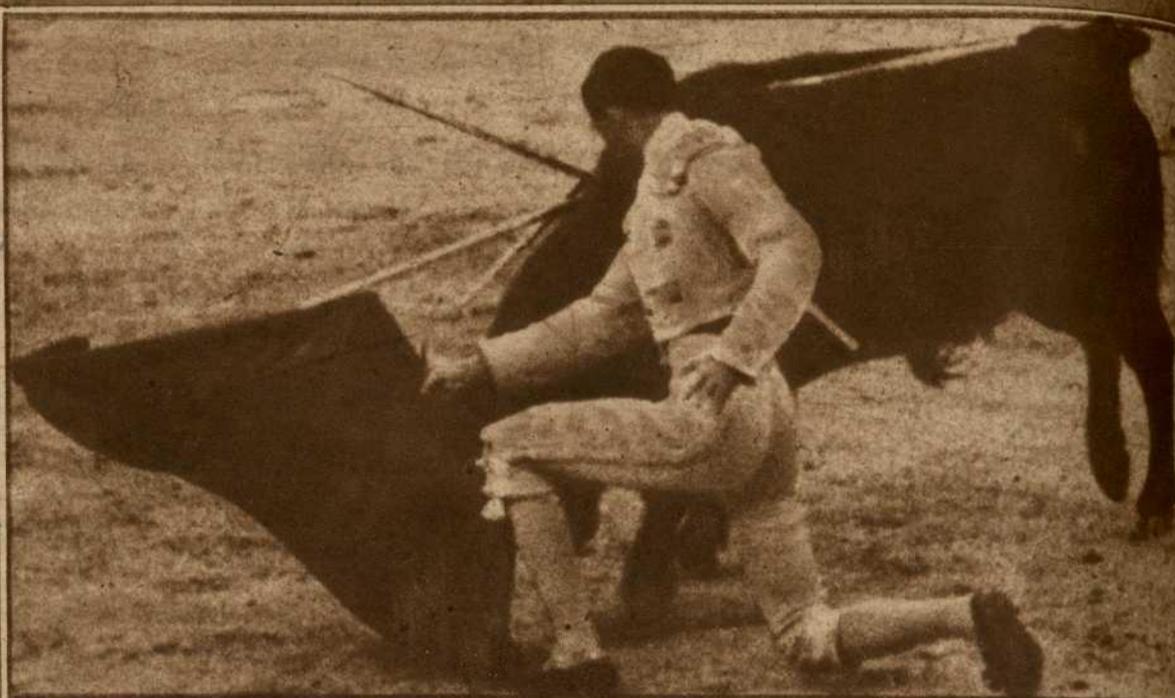
De la sana medida podría desprenderse, entre otras cosas, que esos ganaderos y esos diestros, de los que se dice que huyen de presentarse en el ruedo madrileño, quisieran espontáneamente venir a Madrid, sustanciando de paso eso de que si la Plaza de las Ventas es o no es la Meca del toreo.

Pero esto es otra cosa, que abordaré en el próximo «pregón», refiriéndome a un artículo de un admirado y querido compañero —«Areva»—, publicado en el primer número de «Madrid Taurino», correspondiente a esta temporada. La Plaza madrileña fué —y puede ser— norma, pero no lo es. Las causas, por mucho que se especifiquen con pesos de toros aquí y allá, quedarán siempre ignoradas para los aticionados madrileños.

La Empresa, que tiene sobre sus espaldas ese peso abrumador de ser norma, de ser Meca del toreo, está obligada a sortear, a salvar cuantas dificultades se le presenten para sostener su fama por encima de todos los quebrantos económicos que Chicote les augura y por encima de todas las resistencias que alega mi admirado compañero «Areva».



LA NOVILLADA DEL DOMINGO EN MADRID



Francisco Rodríguez en un pase por bajo al toro que cortó la oreja



Dionisio Rodríguez, a quien cupo en suerte el peor lote, entrando a matar (Fotos Baldomero)

RESUMEN DE LA CORRIDA

El domingo, por fin—y con algo de retraso sobre lo previsto—, se inauguró la temporada en Madrid.

No era muy allá el cartel para una Plaza de la categoría de la capital de España, por lo que la entrada no fué el lleno que es de esperar para la inauguración de la temporada madrileña.

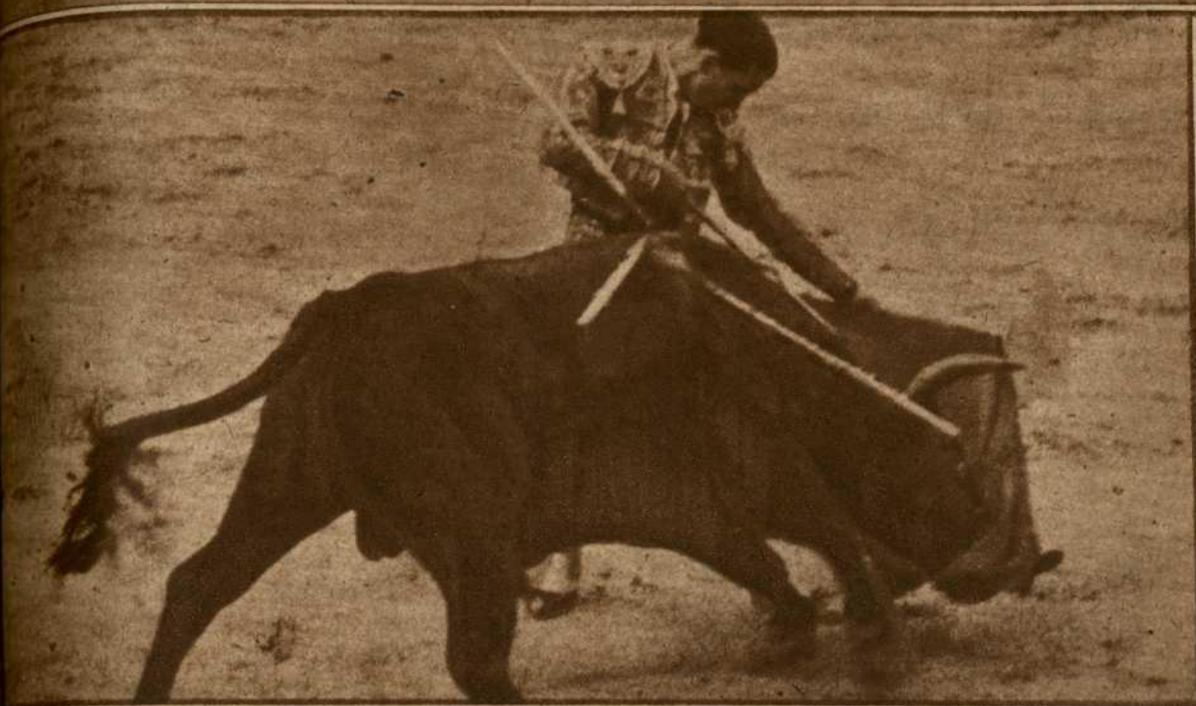
A Dionisio Rodríguez, que era el primer espada del cartel, los novillos de Terrones que le correspondieron no fueron buenos, y le dieron mucho que hacer al muchacho, por lo que en el primero tuvo que escuchar un aviso. En el segundo, que fué algo mejor, puso empeño en sacarle algunos buenos pases, y el público le premió con abundantes palmas.

El Boni II dió la vuelta al ruedo en su primer toro, al que toreó con tranquilidad, siendo muy aplaudido. En el segundo de los suyos, Manuel Perea se achicó con él, toreándole por la cara.

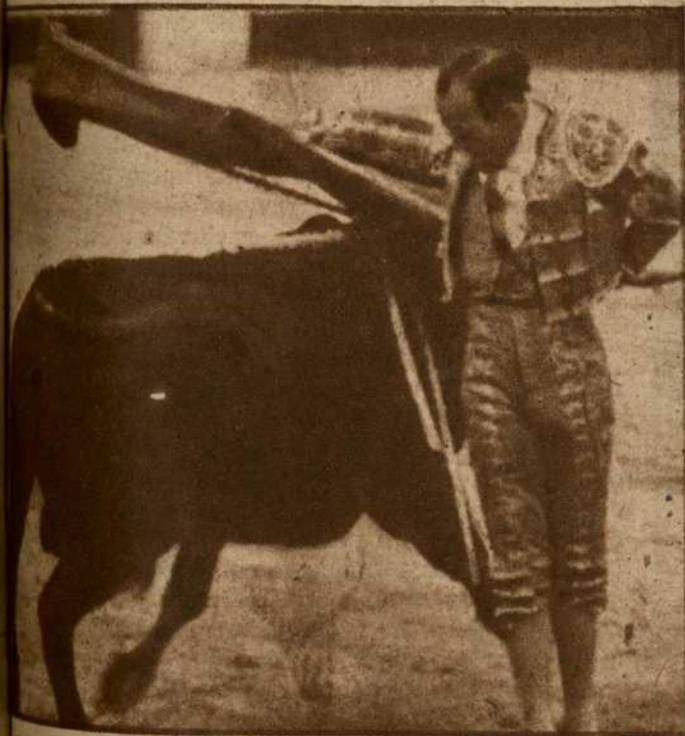
El que triunfó en la tarde del domingo fué el mejicano Paco Rodríguez, que cortó la oreja del tercer novillo de la tarde, al que realizó una lucida faena. En el segundo salió del paso como pudo.

La novillada estuvo bien presentada; pero no dió el juego que se esperaba. Hubo cinco de Terrones y uno del conde de Ruiseñada.

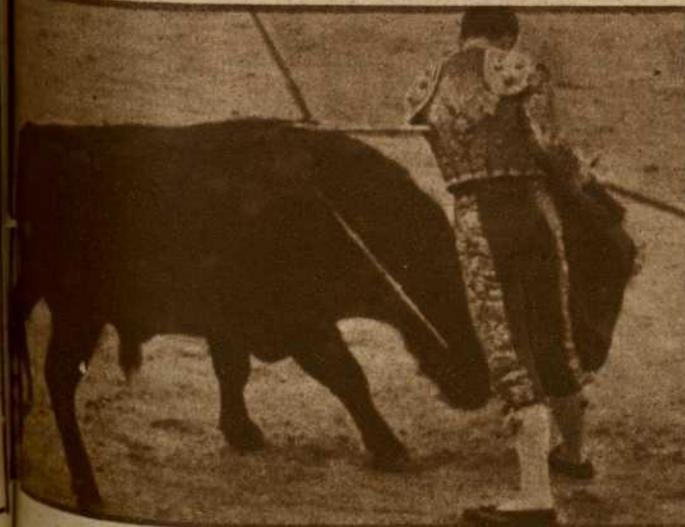
Cinco de Terrones y uno del Conde de Ruiseñada
para **DIONISIO RODRIGUEZ, MANUEL PEREA,
BONI Y FRANCISCO RODRIGUEZ**



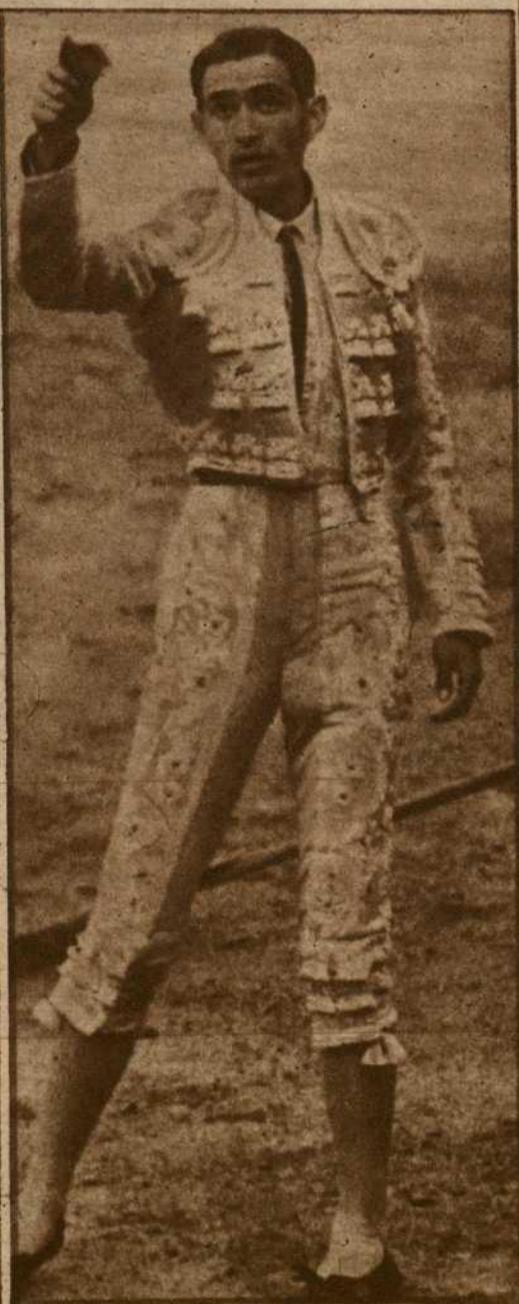
Manuel Perea Boni toreando al natural al primero de sus enemigos



Arriba: Dionisio Rodríguez en una manoletina.—Abajo: El Boni al iniciar un pase de pecho



Francisco Rodríguez, con la oreja que cortó



BANDERILLAS DE FUEGO

Por **ALFREDO MARQUERIE**

La primera de la temporada está llena de saludos de reconocimiento. Los viejos aficionados cambian palabras inaugurales y sacramentales: "¡Como todos los años!"... "¡A ver qué pasa!"... Y lamentan que el partido de fútbol —y el cartel— despueble el tendido de sombra.



Florece la cortesía en esos letreros donde la Peña de Tetuán de las Victorias o la Peña Escudero levantan sus amables carteles.

D. Rodríguez

Los timbales rebullen relucientes al sol recién limpiados, estrenando inéditos oros.

Las barreras están repintadas y el público concede un largo margen de confianza hasta que suenan los primeros silbidos. Ya se ha roto el encanto!

Como hay dos diestros que se llaman Rodríguez, los espectadores, para distinguirlos, tienen que decir Dionisio y el Mejicano.

A Dionisio le sentó el aviso como una inyección y, por eso, después de habernos decepcionado con su calva incipiente, impropia de un novillero, se hizo aplaudir en los quites.



El Mejicano, que tiene aire de gigante cansado, confirmó en el tercer novillo su justa fama de muletero y esto que a dor, pero "sanseacabó".

El Boni sigue siendo un novillero de espejo, de esos que saben cambiar de mano la muleta con una supuesta gracia y un movimiento muy estudiado.

Si quisiéramos subrayar el bonito traje color peonía de Dionisio Rodríguez, pero le estaba algo pequeño.

El Boni

Dato para la estadística: la primera ovación de la temporada se la ganó el Boni, a las cinco y cinco.

"¡Que te va a morder!", fue la frase que un "gracioso" no cesó de gritar en toda la tarde. Y es que cuando un sujeto coge una "perra", no hay quien se la haga soltar.

Las novedades corrieron a cargo de "los de a caballo". Salíó un jamelgo de cartón blanco que se cayó infinitas veces y que no se levantaba hasta que le quitaban el pelo. Estaba entrenadísimo. Un picador tuvo una caída "de piscina seca" lanzándose de cabeza a la arena. Y otro besó el suelo antes de iniciar el ataque y rompió la vara. Fue algo así como la suerte de la garrocha al revés.

El tercer novillo hizo primero un ensayo general de brinco y saltó inmediatamente después la barrera con acrobática limpieza. En cambio, los peones, se quedaban siempre a medio saltar. Se notaba la falta de costumbre.

Y, a todo esto, ¿qué tal, cómo están ustedes, queridos y pacientes aficionados?



F. Rodríguez

TOREROS DE ANTAÑO

JOSE BAYARD CORTES, BADILA

Por NATALIO RIVAS, de la Real Academia de la Historia

ESTE singular lidiador nació en Tortosa (Tarragona), el 19 de marzo de 1858. Siendo muy niño, su familia se trasladó a Madrid, y cuando llegó a la adolescencia le dedicaron al oficio de tapicero, y quién sabe si esa hubiera sido la trayectoria definitiva de su vida, si la casualidad no le deparara la ocasión de conocer al famoso picador Francisco Calderón, intimo de su padre. Ambos amigos charlaban de toros, y el chico, de tanto escucharles, tomó afición a la lidia. Pero su primera inclinación no fué el toreo de a pie, sino el de a caballo, que era el oficio del varilarguero de Alcalá de Guadaíra.

La biografía de Badila, para que fuera completa, tendría que ser muy extensa, y yo estaría contento de hacerla; pero, faltar de espacio para ello, ceñiré mi trabajo a bosquejar su semblanza.

Fué de todo en la tauromaquia. No ha habido torero en ningún tiempo que abarque más actividades. Mozo de espada con Frascuelo y su criado intimo; picador, rejoneador, torero de infantería capeando, banderilleando y matando, y para que no le faltase nada en su repertorio, hasta ejecutó con limpieza y valor la suerte de «pegar por detrás», de los diestros portugueses, pero con más perfección que ellos, porque no necesitó para practicarla el concurso obligado de un compañero.

Espíritu rebelde e indispensable, no se avenía a la sujeción que impone pertenecer a una cuadrilla. Lo mismo trabajaba con matadores tan afamados como Frascuelo y Mazzantini, cuando estaban en el apogeo de la gloria, que con el viejo Gonzalo Mora, figura muy secundaria, que con Angel Pastor, Felipe García y otros, antes de ser espada de cartel.

Su primitivo apodo fué Brazo de Hierro; pero cuenta Cossío, tan bien enterado, que un día, cuando aun era joven, había picado a las órdenes de Gonzalo Mora, y como éste le viera triste y pensativo, hubo de decirle: «Vamos, hombre, di algo; estás ahí tan callado que parece que te tragaste el rabo de la badila.» Y aquello dió lugar a que en adelante se le conociera por el referido alias. Y es tan verdad la cita, que, a pesar de que Cossío no necesita que le avale nadie, yo, que fui amigo del famoso piquero, se lo escuché referir cuando, llevado por la curiosidad, se lo pregunté.

Aficionado a la música, en su afán de hacerlo todo, aprendió a tocar el piano y, como tenía buena voz, tomó parte en la representación de algunas zarzuelas en funciones cuyos productos se aplicaban a fines benéficos.

Su extraño sistema de no pertenecer



José Bayard, Badila

con carácter permanente a ninguna cuadrilla le ocasionó muchos disgustos y hasta sostener algún litigio, como le sucedió en 1901 con mi viejo amigo José García, Algabefío, en cuyo pleito recuerdo que le defendió el gran escritor y abogado don Francisco Rodríguez Marín.

Como torero de a pie no se le puede juzgar, porque sus actuaciones fueron circunstanciales y aisladas; pero sus condiciones de picador, que fué la profesión que ejerció con constancia, fueron formidables. Aparte de ser un jinete completo, que dominaba los caballos con perfecta maestría, sin cuya cualidad no puede haber varilarguero bueno, su brazo era fé-

reco, duro y resistente y su valor a toda prueba. Por eso no tuvo que envidiar nada a su protector, Francisco Calderón, que era un prodigio con la pica, ni a Francisco Gutiérrez, Chuchi, Manuel Martínez Agujetas, Antonio Pinto, Juan Trigo y los otros Calderón, que eran entonces los dioses mayores en la suerte de varas.

Yo le conocí y traté en 1897. Recuerdo que en aquella fecha vivía en la calle de la Visitación, en una casa en cuya planta baja preparó una cuadra para tres hermosos caballos que entonces poseía.

Era gran aficionado a coleccionar objetos pertenecientes al toreo, y había logrado reunir en un pequeño museo, que me parece recordar que por el año de 1899 —escribo fiado en mi memoria, que puede padecer error— lo vendió al acaudalado caballero valenciano don Luis Moroder, que lo sumó al muy cuantioso de que ya era propietario, y que, según he sabido, lo adquirió a su muerte la Empresa de la Plaza de toros de Valencia.

Yo tuve ocasión de ver lo que había logrado atesorar, porque frecuenté su domicilio, donde algunas veces almorzábamos, invitados por él, mis inolvidables amigos Pepe Sabater, Juan Villanueva y el que escribe estas líneas.

Juan Guillén Sotelo, que hizo tan popular el seudónimo de Bachiller González de Rivera, con el que me ligó íntima amistad, trazó una preciosa biografía de Badila, tratándole con la justicia que era debida y vaticinando que su fama sería perdurable en la historia de la tauromaquia; pero en la profecía se equivocó, porque el nombre del célebre picador se olvidó bien pronto, no habiéndosele otorgado el preferente y merecido lugar que tan bizarramente ganó con sus excepcionales cualidades.

Después de sus diferencias con Algabefío, trabajó con Antonio Reverte, y, más tarde, con el infortunado Antonio Montes.

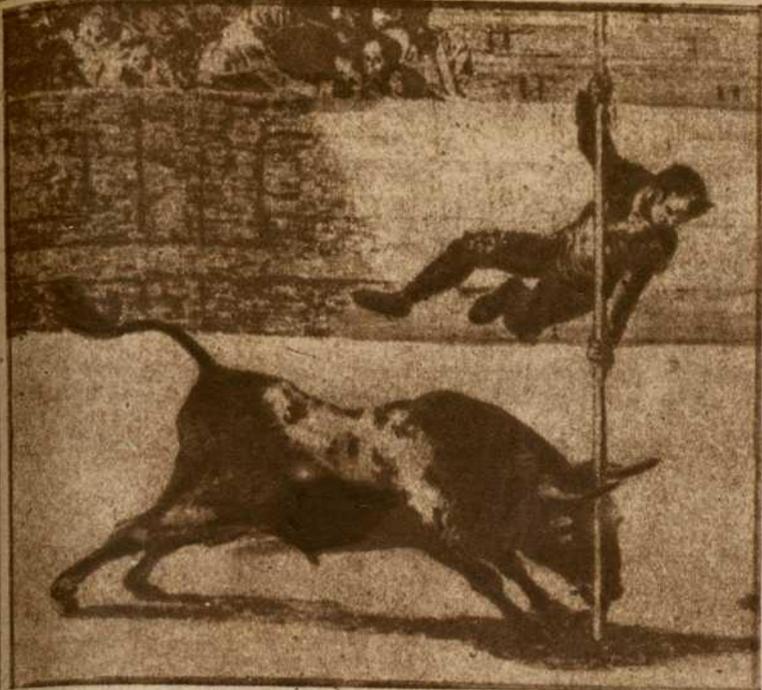
Actuó por última vez el 24 de septiembre de 1905, en el ruedo madrileño, siendo el último toro que picó el llamado Señorito, de la ganadería de Bañuelos.

Su fallecimiento, que fué repentino, producido por una hemorragia cerebral, acaeció el 28 de febrero de 1906.

Aunque mi opinión, por ser mía, carece de autoridad, el haber presenciado muchos centenares de corridas de toros durante mi larga vida y el ser aficionado a las fiestas taurinas desde la adolescencia, me otorgan algún título para juzgar a los toreros, y por ello me atrevo a afirmar que, de los picadores que he alcanzado a ver, el que me ha parecido mejor y más completo ha sido Badila.

DON FRANCISCO EL DE LOS TOROS

La «Tauromaquia», de GOYA



«El salto de la garrocha», de «La tauromaquia», de Goya

CUÁNDO empieza la temporada taurina? Los unos dirán que con la primera corrida. Más tradicionales nosotros, preferimos contar para la apertura de curso con la Pascua de Resurrección. Sin embargo, en este año, si se tuviese poder para decretar fecha, propondría la del treinta y uno de este marzo, ya que en tal día se cumplen dos siglos del nacimiento del aragonés genial, que se bautizó Francisco Joseph Goya, que es llamado a lo culto por don Francisco de Goya y Lucientes, y a quien en estas páginas no habrá otro medio sino llamarle «Don Francisco el de los toros». Bajo la advocación de su silueta bajo el peludo sombrero de copa. Y en su nombre, yo, a poder, abriría el presente curso taurino.

Todo no va a ser, en la crítica de esto y de lo de más allá, andar a vueltas con la actualidad. Culpa de ella y de su servicio permanente será si hoy, en que desearía encármame con la perennidad del arte de Goya en cuanto se relacionó con los toros, estas líneas pecan de lejanía y no dan en la diana, sino bastante lejos. La buena intención me salvará, la buena intención de querer llevar a los lectores algo más allá de que si Fulanito toreó por los terrenos de dentro, si el tal ganadero mandó una corrida desigual y demás pan nuestro de cada día. La buena intención de recordar un nombre fundamental para la fiesta de toros, tanto, que casi podría decirse que el apelativo común de fiesta nacional no fué legítimo hasta que recibió el espadarazo de Goya, de sus pinceles, de su buril, de su visión y de su zarpa poderosa.

La colección de aguafuertes conocidos por la *Tauromaquia* es la que sitúa a Goya en la presidencia ideal de cualquier festejo taurino que se celebre por los siglos. Ella es la obra que le concede el tercer entorchado en las arenas y la principal razón de que «Don Francisco el de los toros» sea el llamado. Bien es verdad que Goya no limitó su conexión con la fiesta al puro arte ni a recoger en ella motivos para él. Goya se sitúa ante los toros a través de una afición competentísima, de una asistencia y de un conocimiento definitivo. Las suertes, los lances, alquitarados dentro de una estética de profundidad y de movimiento, revelan a las claras al formidable entendido. La mayoría de los auto-

res que de ello tratan echan a baladronada la afirmación contenida en la célebre carta bordelesa de Moratín: «Goya dice que en su tiempo fué torero y que con el estoque en la mano no tiene miedo a nadie.» Los ochenta años del pintor excusan la exageración; pero en ellos, ni cualquier otra cosa, nos engañan sobre una afición apasionada, que en esa duermevela de la realidad y la fantasía que trae la senectud, llegaba hasta la figuración de su torería pasada. Bien que no torero, toreador de profesión, el serlo de ocasión, en las capeas de su mocedad cruda y de reajo, no parece que lo excusara su humanidad chaparra membruda y echada para adelante.

A través de su afición, Goya pinta y graba constantemente de toros. Con el pincel nos lega los retratos de los diestros famosos de la época: Pedro y José Romero, Costillares, y del legendario Martincho. Es curioso anotar que a José Delgado, Pepe-Hillo, que por su vida de rompe y rasga, de aristocrático manoleo, parece el que más había de rozar el mundo en que la fácil leyenda coloca al pintor, sólo es recogido en aguafuerte y en su mortal cogida. Alguno de sus cuadros o tablas de costumbres tienen motivo taurino, pero en menor escala. La novillada, la capea. Parece como si todo su genio reservase el tema grande y total de los toros para una obra coherente, con principio y fin, como es la «Tauromaquia».

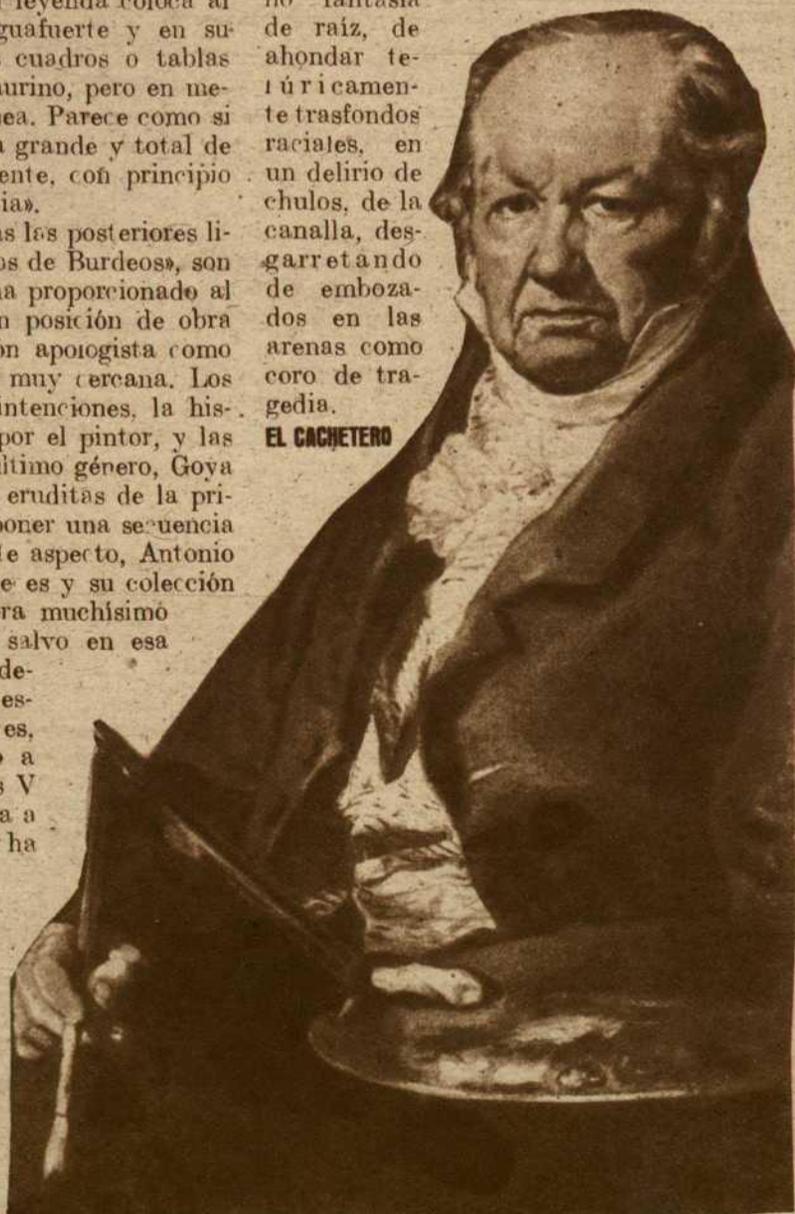
Sus cuarenta aguafuertes, más las posteriores litografías conocidas por «los toros de Burdeos», son la obra máxima que la fiesta ha proporcionado al arte plástico. Goya se sitúa en posición de obra definitiva, se coloca en posición apologista como el que explica una asignatura muy cercana. Los aguafuertes responden a tres intenciones, la historia, las anécdotas conocidas por el pintor, y las suertes en abstracto. En ese último género, Goya es anárquico. Sus pretensiones eruditas de la primera parte, parecían hacer suponer una secuencia ordenada de las suertes. En este aspecto, Antonio Carnicero le es superior con creces y su colección es documento más fiel, si quiera muchísimo más leve e ingravido. Goya, salvo en esa parte en que sus aguafuertes derivan el toreo de los antiguos españoles, seguidos por los árabes, con el «animoso moro Gazul» a la cabeza, con el Cid y Carlos V en seguimiento, se lia la manta a la cabeza y sólo lleva a la plancha lo que hiere su retina. Zarpazo aquí y allá, su conjunto, empero, es tan total, tan hondo y tan exhaustivo como eterno. Carnicero compone, casi en «ballet», la estampa del toreo de fines del XVIII. Goya traza líneas que siempre se verán en las Plazas.

En la anécdota, Goya ve

los toros como fiesta definitiva. Efectivamente, en su época, el toreo comenzó a remansar en reglas canónicas y a emerger del puro desorden. La anécdota de Goya parece señalar el «non plus ultra» del toreo. Aun los aguafuertes, trasunto de la actualidad taurina que conoció el pintor, revelan la evolución fraguada. Toreo del XVIII y toreo del XIX, que es el reglado, por más que la pura cronología no caiga enteramente a caballo en el siglo. Allá quedan el indio Ceballos, rejoneando sobre un toro enlazado; el estudiante las Falces en su quiebro a manteo puesto; las temeridades de Martincho y los saltos de Juanito Apiñoni, es decir el toreo al azar, nervioso y atlético, de los puros orígenes, del riñón navarro, aragonés o riojano. Aquí está ya Ronda con la serenidad de Romero, Pepe-Hillo, recortando al toro tras el quite —el picador hacia las tablas—, el varilarguero Fernando del Toro, el orden y la compostura.

Y sobre todo, fantasía. No a la manera de volar sobre nubes, sino fantasía de raíz, de ahondar teóricamente trasfondos raciales, en un delirio de chulos, de la canalla, desgarrando de embozados en las arenas como coro de tragedia.

EL CACHETERO



CARAS EXTRANJERAS EN EL TENDIDO

El chileno DON GALO IRARRAZABAL creía que los toreros eran atletas gigantescos

En tres años que lleva en España se ha convertido en un entusiasta de la fiesta

LA ILUSION DE ESPAÑA

ESTE joven caballero chileno, don Galo Irarrazabal, es viajero de varias rutas. Su cargo le ha llevado a muchos lugares del mundo; pero de todos ellos es España al que vino con más ilusión, porque era nuestro país el que estaba, ya antes de conocerlo y de vivir en él, metido en el mejor afecto de su corazón.

Cerca de tres años lleva ya entre nosotros don Galo, y en ese tiempo ha hecho aquí amistades, ganadas rápidamente con su simpatía y su cordialidad, y se ha afirmado en él el cariño presenciado desde su infancia chilena por la tierra hispana, que es la tierra de sus mayores, ya que su familia es de origen vasco.

—Crea usted que toda mi vida soñaba con conocer la madre Patria, y cuando, al fin, emprendí el viaje, empezó a realizarse una de las mayores alegrías de mi vida. Aquí me encuentro como en mi propio país y, por mi gusto, no me marcharía nunca.

—Eso es muy halagador para nosotros, y si no tiene inconveniente podríamos registrar ahora su punto de vista sobre la fiesta brava, ya que ése es el principal objeto de nuestra visita.

—No, no. Vamos a charlar un poco de toros también, si usted quiere. Pero particularmente, ya que yo en este tema no puedo opinar para el público, puesto que, aunque me entusiasma ahora el espectáculo y soy un asiduo concurrente, me considero un profano.

UN CUADRO DEMASIADO FUERTE

—Ha dicho usted "ahora". Es que antes era enemigo de nuestra fiesta?

—No; no quiero decir tanto. Lo que ocurría es que como nosotros, allá en Chile, somos campesinos y ganaderos, cuidamos al toro como un artículo de lujo, casi, casi, podría decir que lo envolvemos en papel celofán. De las corridas, la única idea que tenía de ellas era a través de "Sangre y arena" y otras películas. Ciertamente, sentía curiosidad por verlas en la realidad, aunque ningún entusiasmo. Por eso demoré el asistir a ellas hasta que los amigos me llevaron, casi a la fuerza, a Toledo. Seré sincero si le digo que me llevé una desilusión.

—¿Por qué?

—Porque mataban los toros. Yo no los había visto morir y el cuadro era demasiado fuerte para mí, por las razones que le he apuntado antes. Como ve, no le sirvo para la entrevista que quería hacerme.

—Todo lo contrario. Su punto de vista es muy respetable y además muy lógico. Lo que quisiera saber es si sigue pensando lo mismo.

—La muerte del toro me apena. Sin embargo, la fiesta me fué ganando rápidamente, hasta convertirme en un espectador de los más entusiastas. Hasta me gustaría torear, pero no se me ha presentado ocasión, tal vez por fortuna para mí, pues estoy seguro de que no tengo aptitudes. Siento verdadera admiración, hasta envidia, por el valor del torero y por el arrogante desprecio que



Don Galo Irarrazabal

hacen de la vida. Ya ve usted, antes no acababa de comprender por qué tenía que haber toreros, y ahora siento veneración por ellos. Pero pasemos a otra cosa, amigo, no vaya a ser que me quiera reportear al descuido.

LA MUJER EN LOS TOROS

Esa, precisamente, es nuestra intención: pero he aquí que don Galo está sobre aviso.

El pretexto de las copas de vino español —el único que se bebe en la casa del señor Irarrazabal—, desvía la charla hacia otros derroteros: el arte, el fútbol, las mujeres. Son las mujeres las que vienen en nuestra ayuda para que no se malogren los propósitos del reportero.

—Las mujeres de España son maravillosas; pero en los toros lo son más todavía. Eso lo pude observar ya en aquella corrida de Toledo. Yo estimo que en la Plaza adquieren una nueva personalidad, y muchas veces me distraigo de lo que pasa en el ruedo por culpa de ellas, por sus gritos, por sus flores. Bueno, por ellas.

—Vaya, don Galo, que no se le va un detalle. Y eso que al principio estaba algo predispuesto contra la fiesta.

DECEPCION DE ESPECTADOR NOVEL

—Sí; confieso que las primeras veces casi era un sacrificio para mí el ir, porque ya de camino pensaba en la agonía del toro, que, desde luego, me sigue pareciendo lo peor de la fiesta. Pero luego, este sacrificio se ha convertido casi en

un vicio, y hoy no me puedo pasar sin asistir a la Plaza siempre que se anuncia espectáculo, aunque sea cartel de poca importancia. ¡Con que no le digo nada si el que torea es Manolete!

—¿Qué ocurre con Manolete?

—Que es el genio taurino.

—¿No le encuentra ningún defecto?

—Sí. El defecto de que inspira demasiada confianza al público, de que no produce esa sensación de sobresalto de otros. La verdad es que con Manolete, como con todos los toreros, al verlos la primera vez, me llevé una decepción terrible.

—¿Pues y eso?

—Porque yo me imaginaba que el torero tenía que ser un hombre monumental y me encontré con un muchacho delgado, claro que su seguridad y su temple significan mayor fortaleza que la del gigante. Y es que, lo comprendí en seguida: el mérito del torero no está principalmente en sus facultades atléticas, sino en sus conocimientos, administrados por su arte y su habilidad.

—¿Y cogidas, ha visto alguna?

—Se me olvidaba que eso también influyó en mis primeras impresiones de espectador novel. En tres corridas seguidas vi cogidas muy aparatosas. Se ve que no tuve suerte al principio, porque luego he presenciado muchas tardes de fiesta en las que no ha habido ni un solo revolcón. Pero veo que estamos hablando otra vez de toros. No me irá a traicionar, ¿eh?

BRINDIS OPORTUNO

No contestamos ni que sí ni que no. Para no comprometer nuestra palabra, levantamos la copa.

—¡Por Chile!

—¡Por España!

El brindis ha dado resultado. Don Galo lo prolonga así:

—¡Por España y por los españoles de España! ¡Y por nosotros, los españoles de Chile!

Pero, seguimos con nuestra idea, y levantamos de nuevo la copa.

—Por la fiesta de toros.

Y nuestro amigo:

—Por esa fiesta en la que se encierra tanta solera, por la vehemencia luminosa del público, que caracteriza y abunda las corridas; por la mujer española, que afirma su atractivo y su encanto en el tendido de la Plaza, donde es España la que vibra y la que se hace querer.

Bellas y sinceras palabras que nos parecen un buen epílogo para la entrevista que este joven caballero chileno, enamorado de nuestra Patria, no ha querido concedernos; pero que de todos modos nos llevamos, en la seguridad de que cuando la vea publicada se va a enfadar un poco, y en la seguridad, también, de que no nos lo tomará en cuenta. Tenemos para ello un recurso infalible: levantar la copa y decir sencillamente:

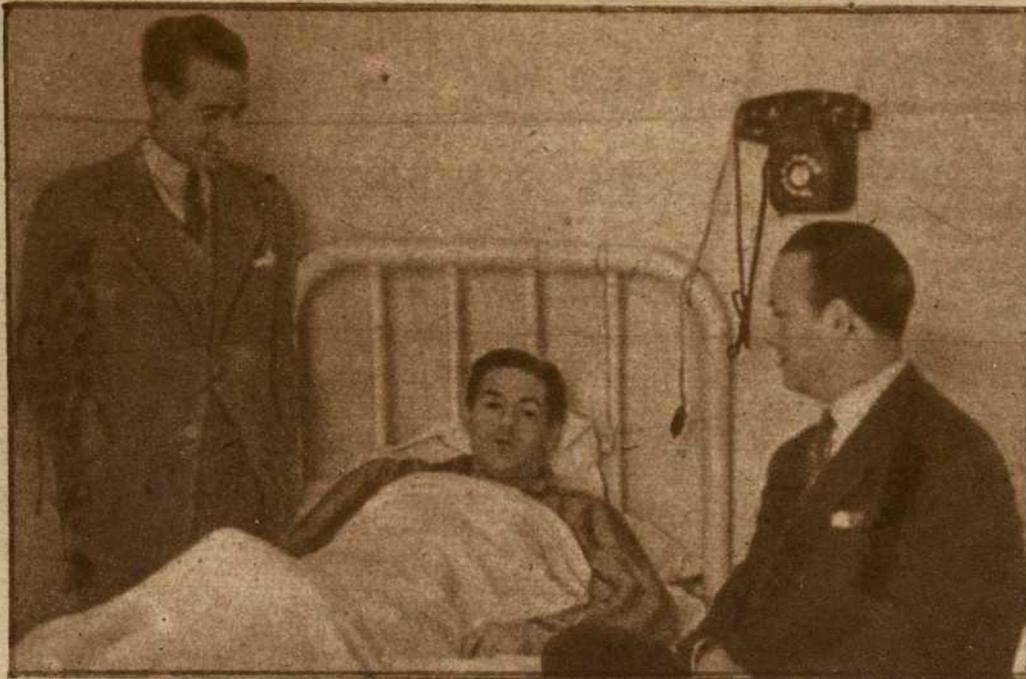
—¡Por Chile!

Y él no tendrá más remedio que levantar la suya y corresponder:

—¡Por España!

RICARDO ARMENTALES

HORA Y MEDIA ESTUVO MARIO CABRE EN EL QUIROFANO



Mario Cabré, con su cuñado Manuel Gas y el banderillero Pascual Montero

Hacia dos temporadas que no se encontraba bien el diestro catalán

ME dijeron por teléfono que Mario Cabré iba a abandonar el sanatorio y fui a verle, porque estoy convencido de que será muy difícil dar con él tan pronto como se encuentre libre de la vigilancia de las monjitas que ahora lo cuidan. Porque Mario Cabré, aunque no tóree, es hombre que no tiene minuto disponible. Cuando no estudia —Cabré es hombre culto y como tal sabe apreciar el valor de lo que puede conocer—, escribe, examina proposiciones para actuar en los Estudios cinematográficos, trata con empresarios taurinos o atiende esos compromisos que él llama sociales y de los que no hemos de hablar aquí.

Cuando llegamos al sanatorio el gran torero catalán está aún en la cama. A su lado, su cuñado, Manuel Gas, primer bajo de España, y el banderillero Pascual Montero. Mario se preparaba ya para abandonar el sanatorio.

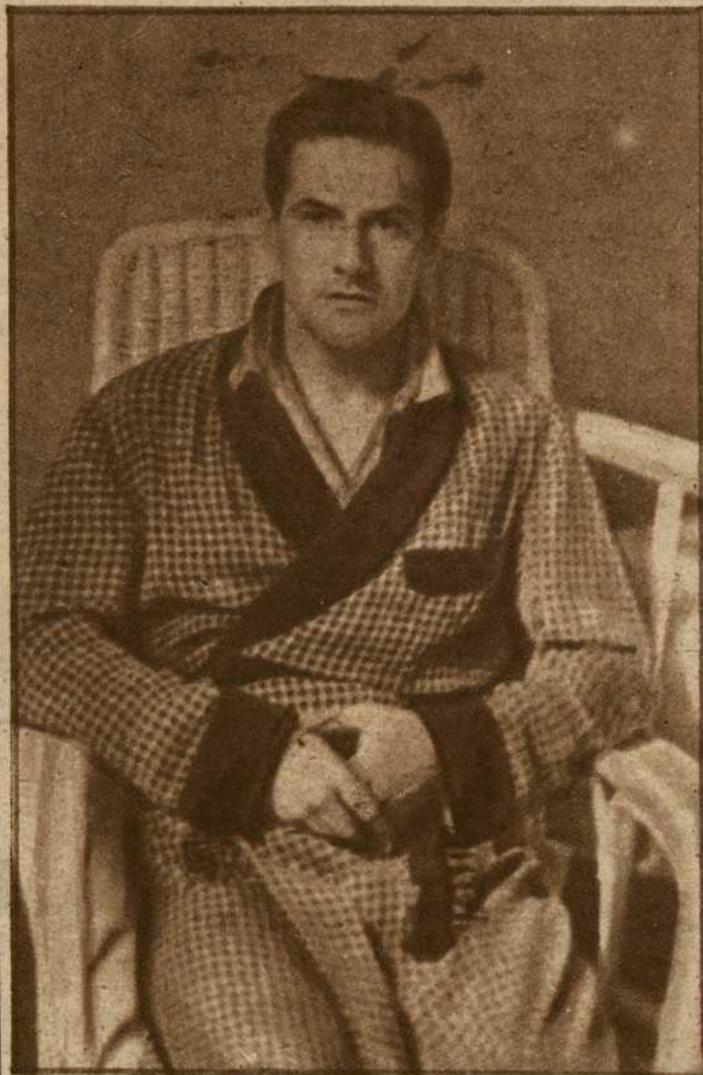
Mientras última Gas los preparativos, el torero nos cuenta lo que fue la operación que le hizo el doctor Zumel.

Hora y media en el quirófano. Unos sesenta puntos de sutura. La operación fue muy entretenida porque el doctor Zumel tuvo que hacer uso muchas veces del bisturí y muchas ligaduras de venas, y porque, según dice Pascual Montero, que asistió a la intervención, todos, excepto el paciente, estaban de muy buen humor. La operación, larga y difícil, no era peligrosa hecha por el doctor Zumel.

Siete días de reposo han bastado para que

Mario Cabré haya podido abandonar el lecho. No está el catalán en disposición de empezar en breve su adiestramiento; pero se encuentra muy mejorado, y suponemos que, cuando se publiquen estas líneas, habrá comenzado ya a atender sus compromisos sociales.

Cabré se levanta ayudado por Montero. Mientras se asea nos dice las razones que le decidieron a pedir al doctor Zumel que



Mario Cabré, el fino diestro catalán, que ha sido operado recientemente

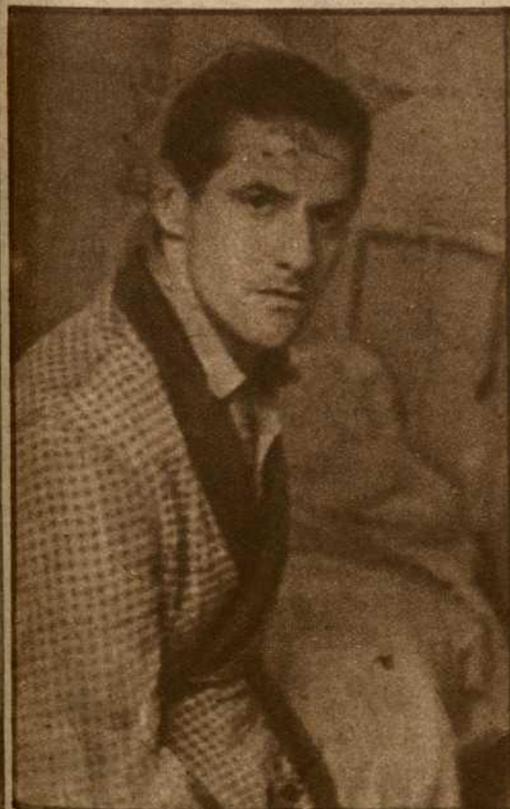
le operase. Hacia ya dos temporadas que no se encontraba bien. No tenía seguridad en sus facultades, que hasta entonces no le habían fallado. Es posible que la cogida que sufrió cuando filmaba "El Centauro" no se hubiera producido si se hubiese encontrado en la plenitud de sus facultades físicas. Le costó convencerse de que la intervención era necesaria; pero ahora está contento. Tiene el convencimiento de que en las dos últimas temporadas le perjudicó mucho la falta de confianza en sus facultades. Ahora sí, como él tiene por indudable, su estado físico mejora notablemente, podrá salir

a los ruedos seguro de que el éxito no se le escapará de las manos, como sucedió en las citadas temporadas.

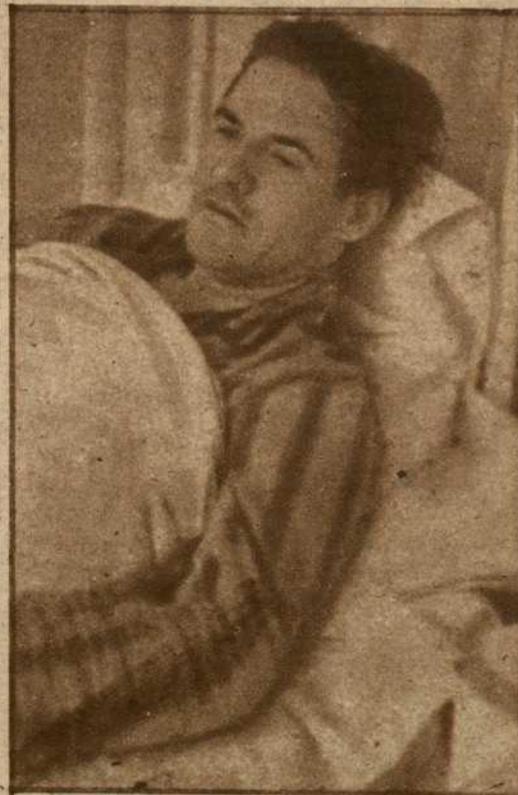
Ha empezado a vestirse el matador. Una monjita pide permiso para entrar. Al poco, la monjita nos saluda muy sonriente. Quería despedirse de Mario. Nos dice que el torero es un muchacho muy bueno, muy afable y muy simpático, que recita primorosamente unos versos muy bonitos. El matador sonríe también. Del cajón de la mesilla saca unas cuartillas en las que ha escrito un romancillo dedicado a las monjitas que le han cuidado. No quiere recitar el romancillo. Lo leemos todos menos la hermanita. Ella lo leerá luego con las otras monjitas. Guarda las cuartillas. Nunca le habían hecho un regalo parecido y está muy contenta. Se pondrá más contenta todavía cuando lea el romancillo que es pura filigrana poética.

Ya en la calle, Cabré parece otro hombre. Acabaron las preocupaciones. Bromea Gas, y Pascual Montero recuerda al matador la tarde de su gran éxito en Madrid. Mario se detiene unos segundos. Todavía no puede decir que se encuentra completamente restablecido; cuando esto suceda, saldrá a los ruedos con fiado, y entonces... Si triunfó muchas veces en la primera Plaza del mundo, logrará, tan pronto como se le dé ocasión, repetir, agrandados, aquellos éxitos. Hasta ahora se ha hablado de las grandes tardes del torero catalán cuando era novillero; luego, se comentarán los éxitos del matador de toros Mario Cabré.

BARICO

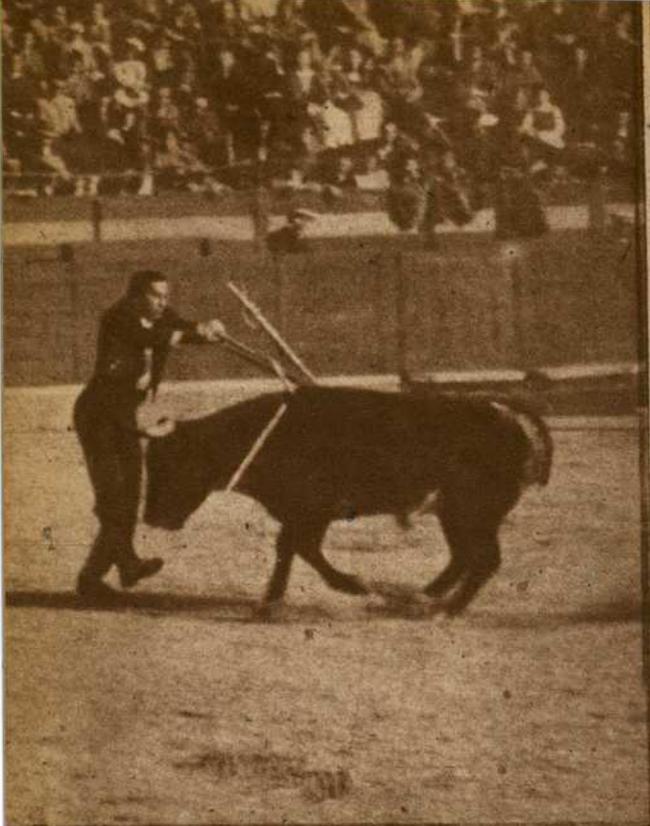


El torero catalán, el día que se levanta por vez primera, después de la operación



Cabré en la cama del Sanatorio, donde ha sufrido una intervención quirúrgica (Fots. Manzano)

**FESTIVAL
ORGANIZADO
POR LOS
ESTUDIANTES
DE
CIENCIAS
DE
GRANADA**



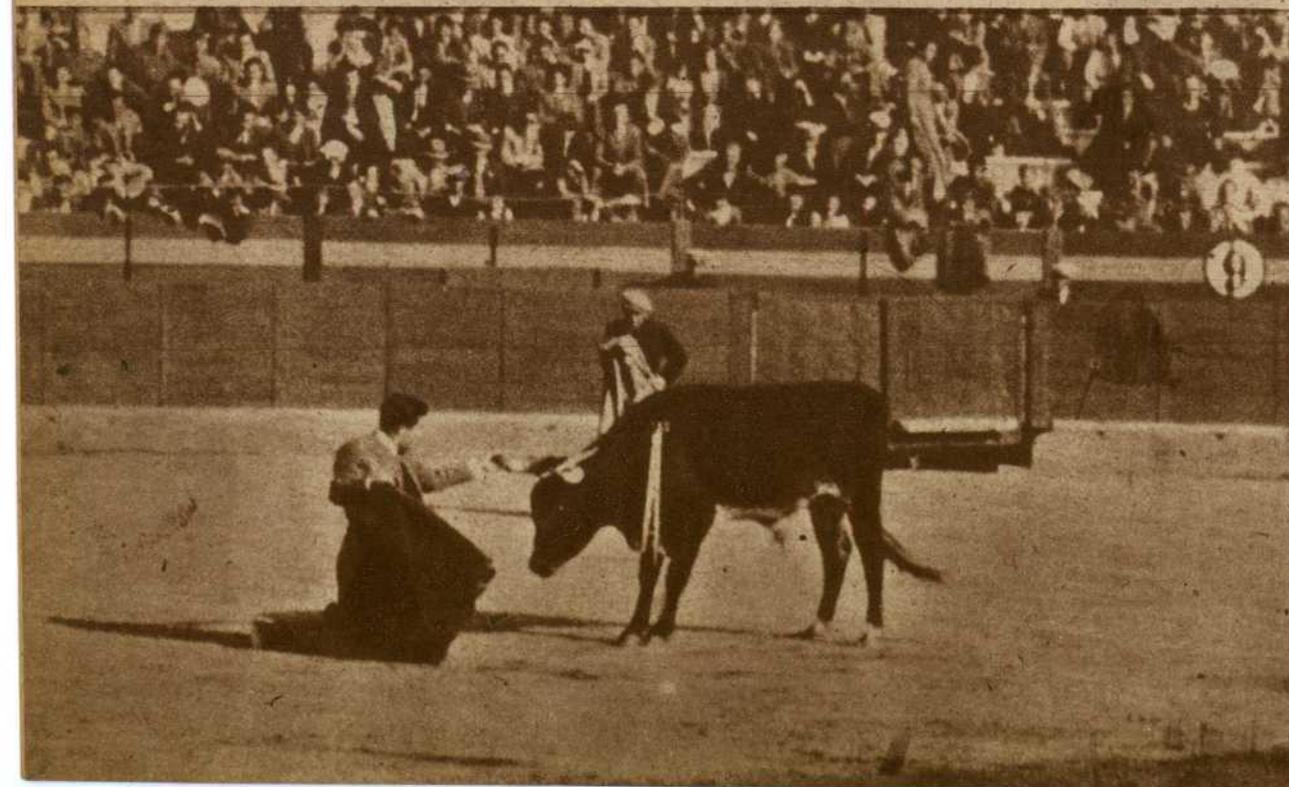
Un par de banderillas de Manolo Martín Vázquez, que tomó parte en el festival



Arriba: Pedro Barrera en el callejón.—Abajo: El rejoneador Orti haciendo el paseillo

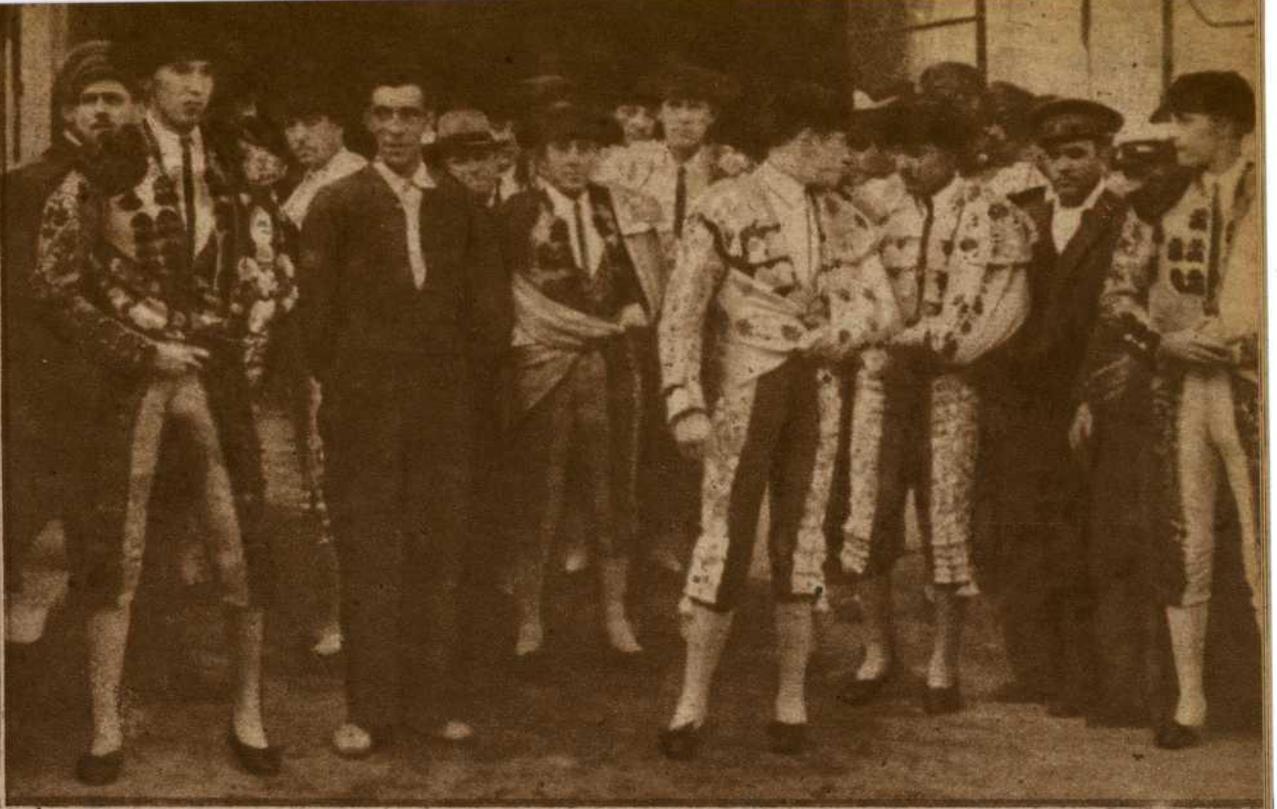


Arriba: Las presidentas del festival celebrado en Granada.—Abajo: Paquito Casado en un adorno en el festival celebrado por los estudiantes de Ciencias (Fotos Torres Molina)





Pepe Dominguín saluda al público y muestra las dos orejas conseguidas en su tercer toro



Los hermanos Dominguín, al frente de sus respectivas cuadrillas, dispuestos para hacer el pasetillo, en la corrida celebrada el domingo en Barcelona



Pepe Dominguín en la faena de muleta de su tercer toro, al que cortó las orejas



Una buena vara de Aldeano. — Abajo: Momento de la cogida de Tarré, que actuaba de sobresaliente. Luis Miguel, al quite



CARTEL DE BARCELONA

ALVARO DOMEQ, PEPE Y LUIS MIGUEL DOMINGUÍN

BARCELONA, 24. (De nuestro Redactor).—Ya hemos encontrado el primer bache de la temporada. La mirada no fué completa en número ni en calidad: hubo que completarla con un toraco de Vicente Charro, que volvió a los corrales, y los «fatídicos» bichos dieron mitad y mitad, tanto de bueno como de malo.

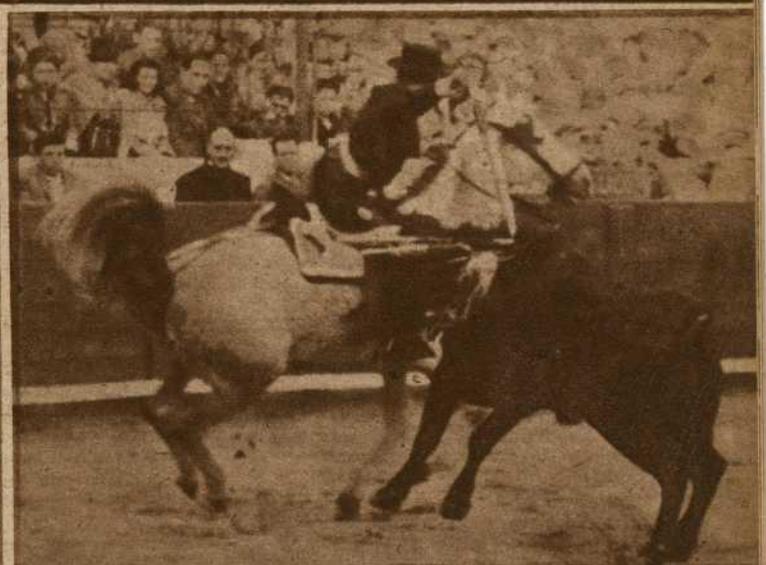
Don Alvaro Domeq, el sin par caballista, se las enseñó con el que rompió plaza, un Miura terciadillo, que fue desechado para la lidia ordinaria por razón de su pobre ramana. Y una vez más el caballero jerezano se hizo aplaudir en varios tejeos y pares de banderillas de inmejorable preparación y colocación. Fie a tierra, a pesar de tener el bicho la cabeza como una devanadera, luciose con la muleta y liquidó a su enemigo con tres buenos pinchazos y un descabello, recogiendo justa ovación.

Los Dominguíns, al igual que en la tarde de San José, volvieron a dejar buen sabor. Pepe hizo una faena completa, con mucho corazón, a uno de sus toros, justamente premiada con la oreja y vuelta al ruedo, y Luis Miguel también estuvo a punto de alcanzar idéntico trofeo en otro burel, en el cual desplegó una artística y ajustadísima faena, que al final quedó desgraciada por su poca suerte con el alfonje.

Desde luego, no todo fueron jauros para los hermanos Dominguín, pues también tuvieron que apechugar con enemigos que acusaron algo de «fatídico» prestigio que pesa sobre la divina miureña.

Cerró Plaza un mulo que llevaba la divisa de Vicente Charro, un toraco que se congestionó en varas y que fué protestado, hasta leora, su definitiva retirada por grande, y le substituyó uno de Gallardo, ya más a tono con las apetencias populares, al que hicieron cisco los varilargueros.

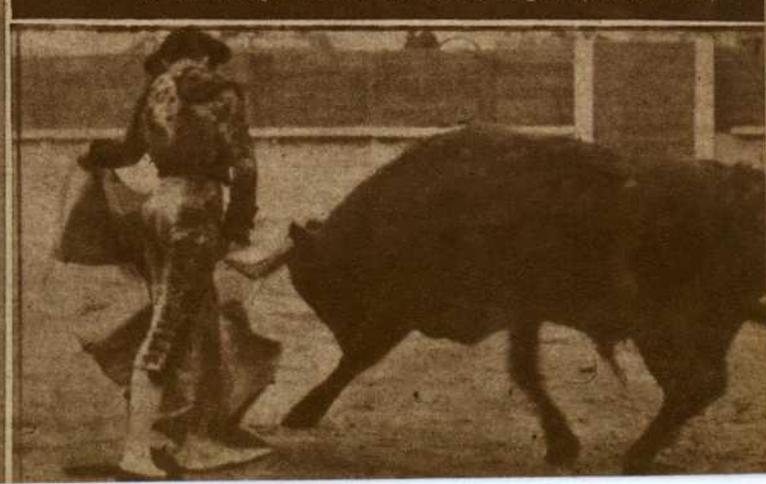
Los dos hermanos corrieron las banderillas en tres toros y cuajaron varias pares magníficas en diferentes estilos.



Domeq colocando un buen par de banderillas de su Intención



El rejoneador jerezano, que echó ple a tierra, torea de muleta. — Abajo: Un lance de Luis Miguel (Fotos Valls)





Los hermanos Iglesias, hoy los tres banderilleros notables. De izquierda a derecha, Angel, Pepe y Antoñete

DINASTIA DE TOREROS

PEPE, ANTOÑETE y ANGEL IGLESIAS actúan como subalternos, continuando las enseñanzas de su padre, el Chico del Matadero

El nombre de los Iglesias se sucede. Va corriendo el escalafón familiar, recogiendo, a través de las distintas épocas y generaciones, las enseñanzas de aquel que lo dio el ser y los guió por el camino de la tauromaquia. Quizá en la historia del toreo —no intentamos comprobarlo— exista legado tan numeroso dentro de un mismo hogar. Los Iglesias, por temperamento, llenos de afición y ciencia, recorrieron todos los puestos. Pero siempre manteniendo un prestigio sobre los ruedos, que les dió popularidad.

La dinastía de la familia torera comienza en el padre de los que actualmente actúan como subalternos. Antonio se llamaba aquel gran peón que terminó su carrera a las órdenes del madrileño Antonio Márquez, el año 1926. Desde entonces, apartado de los toros, fué maestro y guía de sus hijos. El matador estimaba mucho la labor de su banderillero Antonio Iglesias, que murió hace tres años. Y sus éxitos, grandiosos, por las Plazas de España, estaban respaldados por el hombre de su máxima confianza. Hasta que surge el mayor, Pepe, que influye en la retirada del padre. No son ya los riesgos propios, sino los del hijo, los que le preocupan y desvelan.

Corre el año 1923. Plena canícula madrileña, cuando José Iglesias hace su presentación en el coso de la carretera de Aragón. El muchacho viene con un gran cartel, y su aparición produce enorme expectación, por la lucha que sostienen los aspirantes a feroces. Siendo El Espinar su primera actuación, el año 1922. Pepe es el que más destacó de la familia. Único que logró llegar a matador de toros, actuando como tal desde 1929 hasta 1933. En este año cambió de categoría. Cuatro años permaneció despachando toros, realizando tres viajes a América.

—¿Qué poco duré de matador!—es la expresión del madrileño, cuando hablábamos sobre sus éxitos.

Cuando el número de corridas no colmaban sus necesidades, eligió un puesto, como

JOSE CARRASCO

Los hermanos Iglesias, con el resto de la familia, en donde aparecen dos futuros seguidores de la profesión taurina (Fots. Manzano)



Evocación y biografías en las pinturas
La modalidad de los retratos de toreros en el gran arte de Daniel Vázquez Díaz

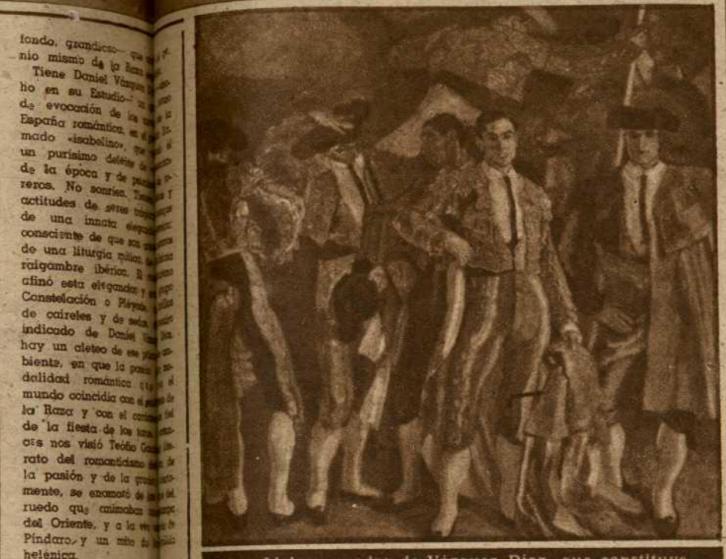


Daniel Vázquez Díaz

El designio histórico que, cubría pensar, le honra encomendada los Nueve Hermanos de la Experiencia y la Armonía al genio plástico español de Daniel Vázquez Díaz, de seguro es el de eternizar en una actitud, en un gesto, las personalidades señeras de la España contemporánea. Los Museos son conservadores y litúrgicos; su templo es el «Museum», allí donde el pasado se actualiza en presencia de lo que define, con vigor expeditivo, una época. Que Daniel Vázquez Díaz obedeció al mandato de los deidades del Arte, bien lo evidencia sus ritos trascendentes de poetas, con los que convivió; de escritores, representantes de la Raza; de próceres y de genialidades, del Teatro. Así, Juan Ramón Jiménez, Pérez de Ayala, el Duque de Alba, don Miguel de Unamuno, doña María Guerrero, entre otros artistas y pensadores españoles. Nadie, en verdad, entre los pintores, actuales, tan magníficamente dotado para lo que debiéramos llamar la Biografía del Espacio —o biográfica— como este psicólogo y

captador de ambientes, en torno a una figura revelante, que es el pintor Daniel Vázquez Díaz.

Pero, en lo referente a los retratos de los toreros, nuestro plástico biógrafo llega a un máximo relieve de expresividad y de poética captación del ambiente más profundo de la fiesta nacional, hasta crear por sí una modalidad magnífica de esta clase de evocación y «presencias» de diestros famosos. Por lo pronto, he aquí que a los toreros los agrupa en Constelación de fatal comunidad de Destino. No lo hizo así con literatos, poetas, próceres, pensadores, artistas, pues éstos, en verdad, permanecen solos y aislados, con el peso de su quimera en el alma. Con los toreros, sí, porque ellos están unidos en una especie de consagración a un rito mágico —en el



«Los Idolos», cuadro de Vázquez Díaz, que constituye el tema central del tríptico «España torera»

modo que llegó a olvidarse, en un gesto, en una actitud y en ese aire de inefable poesía que circunda la figura, todo el ambiente, todo el público lírico de la fiesta. Así, en Rafael, el Gallo, en Mazzantini; así, en Lapartijo y Francisco, y en Sánchez Mejías, y en Antonio Fuentes, y lo mismo en Fortuné y en el banderillero Perdigón, en cada uno de los cuadros —y especialmente en Juan Belmonte— revive la España que les fué actual a su apogeo y gloria, en no sabríamos qué preciosos detalles o qué cosecha, casi imperceptible, que es como un perfume de la época, o acaso el polvillo fino de mariposa que dejó «La corrida» en el aire de España.

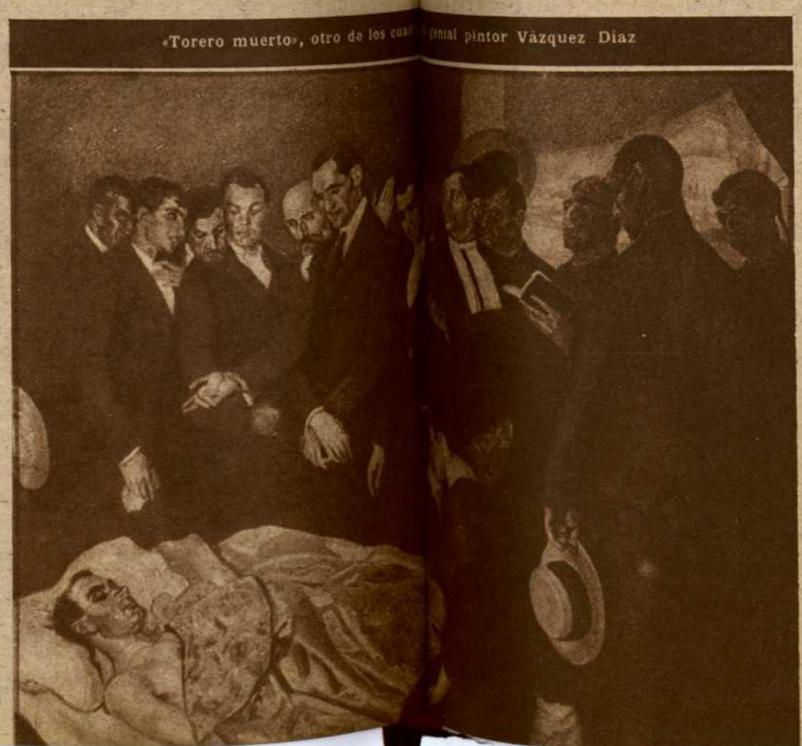
Museos —«Museum», templo de los Museos— de Europa guardan estos primeros de psicología hispánica que son los lienzos de toros de Vázquez Díaz. En el Museo de París está «El ídolo gitano». En el Museo de Suiza, «El picador»; «Los ídolos», en un Museo particular, del Japón, de Ya Kichiro Suma.

Pero lo más destacado de la modalidad de retratos de toreros creemos está aún en el Estudio —en el taller—, y en tramos de creación todavía, en la sensibilidad de este literario pintor, que crea sus evocaciones y biografías, a modo de un poeta o de un dramaturgo, no frente a lo real, sino goñándolo y alquitranándolo en su memoria y en su oración.

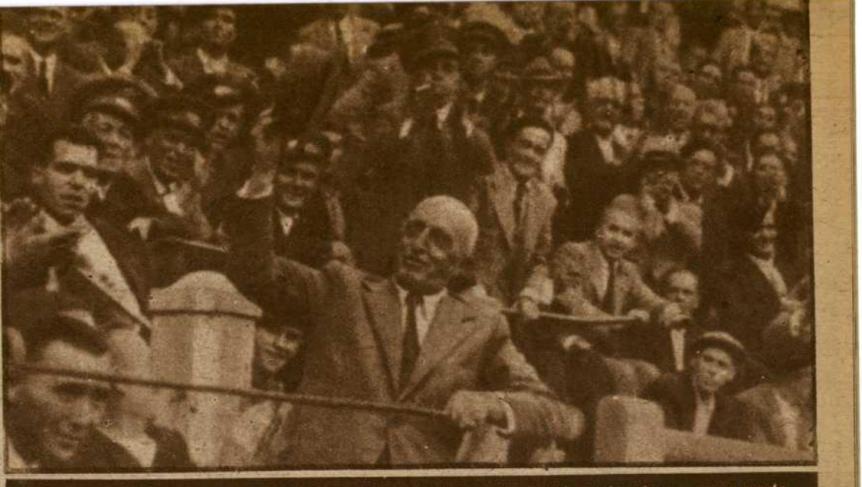
A este respecto, el cuadro «Las cuadrillas de Lapartijo, Francisco y Mazzantini», y el «Boceto para la época del Reverte» —acuerda de licencia, como una estampa sobre seda—, forman la cima de esa modalidad genial a que nos venimos refiriendo. Nadie como Daniel Vázquez Díaz ha expresado —sin relumbros ni impresionismos— la profundidad lírica y mágica de la fiesta de toros. Fíjate en la que el Sol es personaje primordial, como en los poemas griegos, y en que el toro es el símbolo de la naturaleza bestial.

Emilio F. DE ASENSI

En breve, EL RUEDO publicará en su portada unas reproducciones en color de cuadros de Vázquez Díaz.



«Torero muerto», otro de los cuadros del gran pintor Vázquez Díaz



El ganadero Samuel Flores, desde el tendido, saluda a la afición valenciana, que premia con ovaciones la calidad del ganado enviado por él

HABLAN LOS GANADEROS

Don SAMUEL FLORES considera que el secreto del toro no está en su peso, sino en su edad y en su trapío

SAMUEL Flores es un gran aficionado. Y es un buen ganadero, allá por los campos de Albacete. Dos poderosas razones para que el señor Flores —en los carteles taurinos, Samuel Hermanos— tenga una personalidad bien acusada en la fiesta. El es un ganadero optimista, alegre y decidido. Y así, entre bromas y veras, la ganadería de su hierro se ha ido acreditando. Me lo decía esta mañana, en un tono socarrón:

—Si usted piensa que los días malos son aquellos que nos sobraron de los excesivamente buenos que no merecimos, comprenderá que la proporción no es precisamente como para amargarnos.

—Entonces, ¿usted es un ganadero feliz? —Creo que sí. O por lo menos, creo tener el suficiente espíritu como para admitir las adversidades.

—Dígame: ¿seguirá manteniéndose el precio actual de los toros? —Justamente. Serán los mismos. Y no porque falten deseos, sino porque no se puede.

—¿Alguna razón? —Sencillamente, porque en el actual momento, poner una corrida, dentro del peso reglamentario, cuesta algo más de 50.000 pesetas.

—¿Qué número de corridas lidiará usted en la presente temporada? —Seis corridas de toros y tres de novillos.

—Usted, ¿cómo cree que debe ser el toro en peso y edad? —Mire; yo soy un ganadero antiguo, y, por tanto, soy partidario del toro bien presentado. En la actualidad, el público quiere toros que se puedan torear.

—¿Toro chico? —No. Yo no soy partidario del toro chico ni del toro grande, porque esto no quiere decir nada. Para mí, el toro debe tener cuatro años, estar bien presentado y tener trapío.

—¿Y el peso? —Puede tener el reglamentario. Lo del peso es lo menos importante —kilo más o menos—, ya que lo principal en el ganado bravo es la edad y el trapío. Aparte de su presentación, claro está.

—¿Estima usted que el toro está en decadencia? —No. Pero creo que el peto y la puya actual acabarán con los toros. Sobre todo, la puya debe arreglarse, ya que se pica con el palo, con perjuicio evidente para el toro. En vez de discutir el peso de los toros, se debía plantear el tema de las puyas, que hacen al toro aplomado, restándole su embestida.

—Se podría torear como hoy con el toro grande? —Si ese toro es bravo, tengo la seguridad que los matadores actuales podrían muy bien con él.

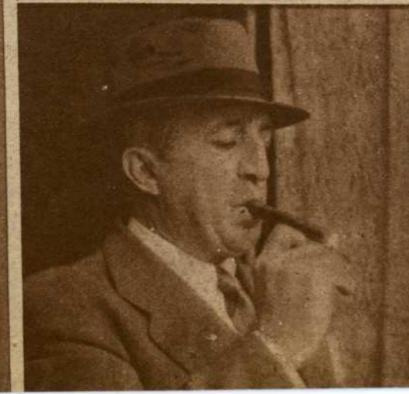
—Entonces, ¿cómo se lidia el toro chico? —De esto, sólo es culpable el público.

—Y los verdaderos aficionados, ¿qué opinan? —No quiero discutir este punto; pero voy a contarle una pequeña anécdota que refleja muchas cosas. Hace algún tiempo, lidié en Albacete una corrida con cinco años, y todos me criticaron haber mandado una corrida vieja. Aquello me desconcertó, y ya, para la siguiente, envié una más arreglada. ¿Y sabe usted lo que me dijeron? —Sinceramente, yo...

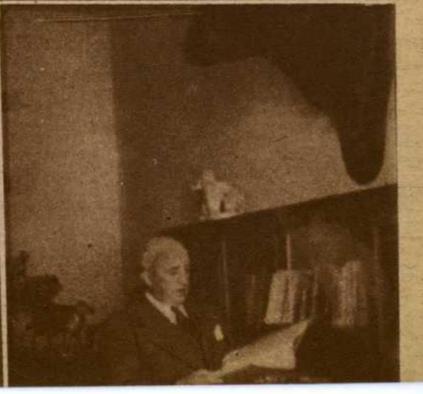
—Bien. Pues me dijeron que la corrida era chica. ¿Puede comprender esto? —Viendo que no le contesto, añadió: —Yo tampoco lo comprendo, peto el hecho es cierto.

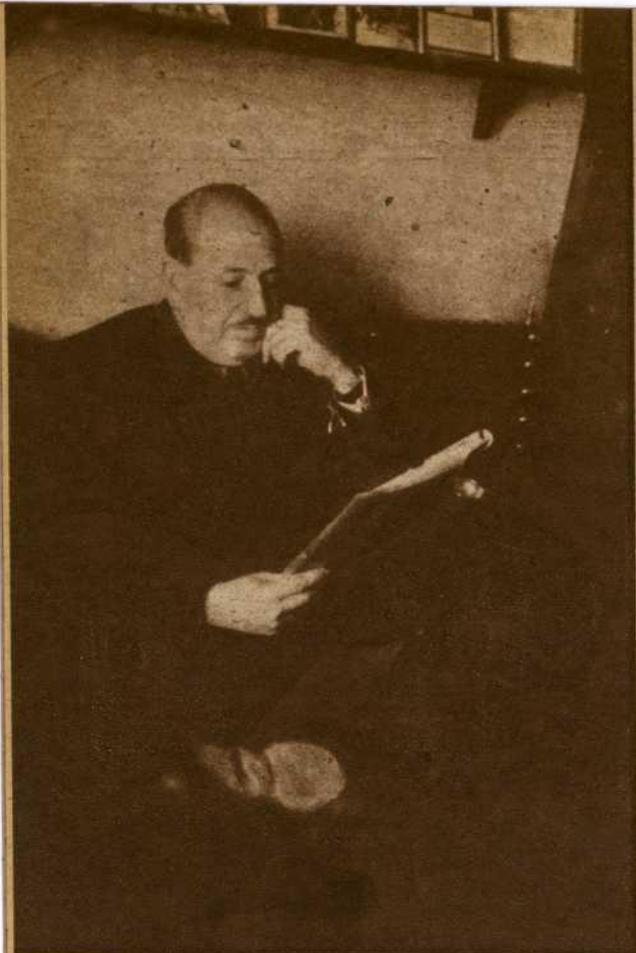
CRUZ ERNESTO FRANQUET

Samuel Flores, el ganadero optimista, enciende su puro acostumbrado



En un rincón de su casa, el ganadero consulta textos taurinos (Fots. Martí)

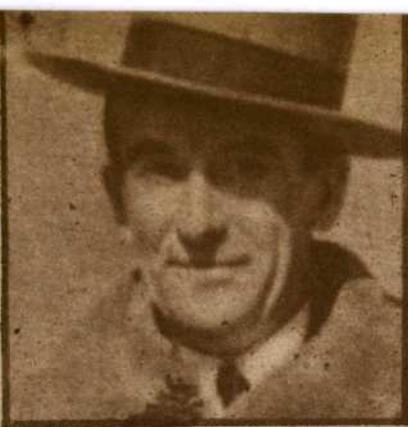




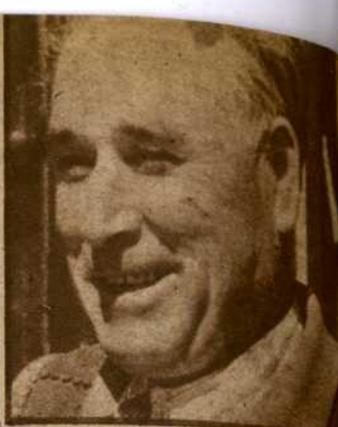
J. Alonso Orduña



Benítez Cubero



Guardiola



Atanasio Fernández

El gerente de la Plaza de Toros de Madrid habla de la temporada que acaba de empezar

«En su aspecto económico, veo grandes dificultades difícilmente superables», dice Alonso Orduña

PARA todo buen aficionado a la fiesta nacional, la entrada de la primavera se señala mejor que nada por el grito de los carteles pregonando la primera corrida de la temporada.

Ante las tintas todavía frescas, el aficionado se pregunta perplejo: «¿Qué novedades nos esperan en la temporada que empieza?»

Y como esa misma interrogante nos la hicimos nosotros, para tratar de despejarla nos pusimos a la búsqueda de don José Alonso Orduña, cabeza visible de la Sociedad que rige la primera Plaza de Toros de España.

—Está usted fresco, amigo—nos dijeron.

—Este año no quiere nada con los periodistas.

—El fracaso es seguro.

—Detesta las entrevistas.

Todo esto y algo más me lo repitieron tantas veces como pretendí ver a don José. Luego resultó que no era para tanto. Hablar con él, no es empresa difícil. Lo peliagudo es que el señor gerente—tan traído y zarandeado por amigos y enemigos—diga lo que piensa.

Eso sí, Alonso Orduña atesora todos los bríos del luchador infatigable. Es activo, es leal, y ni por asomos podría fingir una hiel que no existe. Sabe estimar la obra ajena en el doble de su valor o gozar las alegrías de los demás con mayor intensidad que las propias. ¿Que el éxito no acompaña a veces sus gestiones? Acháquese gran parte de culpa a las intrigas de ciertos elementos de la fiesta, sólo atentos a su incansable egoísmo.

—La verdad es que yo apenas tengo nada que decir—dijo al conocer mis pretensiones—. En fin, empiece a soltarme sus preguntas.

—¿Cómo ve usted la próxima temporada, mejor dicho, la que acaba de empezar?

Don José levanta la cabeza como si le hubiera picado algo. Me mira intensamente, se revuelve inquieto en el asiento y lentamente dice:

—Artísticamente, acaso le acompañe el éxito; pero en su aspecto económico, veo graves problemas, que

si en principio atañen a las Empresas, no tardará el público y la fiesta en sí misma en tocar las consecuencias.

—Acaso convenga entonces aumentar el número de novilladas.

—Si lo dice usted por la economía, se equivoca, puesto que, en proporción, viene a resultar. Confiamos poderle presentar al aficionado, poco más o menos, el mismo número de corridas de toros y de novilladas que las que se corrieron en la temporada anterior.

Que, remitiéndonos a las estadísticas, vienen a resultar alrededor de las 29 corridas de toros y de las 22 novilladas, aunque éstas, con relación a 1945, ya cuentan con un déficit inicial de dos.

—¿Qué criterio piensan ustedes seguir en cuanto a la selección de debutantes?

Don José me miró, como si yo descendiera directamente de la Luna, y subrayó la mirada con un gesto cuyo significado no pude discernir con claridad.

—Mi criterio es que no deben torear en Madrid sino aquellos que hayan triunfado plenamente en provincias y demostrado que no sólo pueden con el toro, sino que están en posesión de un arte especial. Pesa mucho la Plaza y mucho el toro; el cual, al menos en Madrid, tiene casta y presencia.

—Entonces, ¿cómo explica el que tengamos que soportar todos los años el desfile de inexpertos?

—Por las recomendaciones, que, bien a pesar nuestro, no tenemos más remedio que acatar, aunque en la prueba se ventile la paciencia de los espectadores y el dinero de la Empresa. Pero este año pensamos hacer oídos sordos a este género de presiones.

—¿Puede usted darme los nombres de las corridas concertadas en firme?

Mi interlocutor busca entre sus papeles, y no da con la lista solicitada. En su defecto, de memoria va diciéndome:

—Concha y Sierra, Montalvo, Garci-Grande, Miguel del Corral, Benítez Cubero, Pablo Romero, Gajache, Graciliano, Alipio y Antonio Pérez Tabernero, Domecq, Atanasio Fernández, Villamarta, Carlos Núñez, Guardiola, Villagodio y Muriel.

—¿Alguna novedad con respecto a las del año anterior?

—Por ahora, cuatro ganaderías, que en la anterior temporada no aportaron su divisa a Madrid, o harán este año. Me refiero a las vacadas de Tassara, Curro Chica, Luis Ramos y Miura.

—¿Tienen ultimado el cartel de la primera corrida de toros?

—Tendrá lugar el domingo de Pascua, a base de una corrida de Muriel, que tenemos pastando en la dehesa de Alpedrete. En cuanto a toreros, todavía es prematuro facilitar la terna. Por mi parte, procuro esté a tono con la festividad del día y el rango de la Plaza.

Dejando caer la pregunta con indiferencia, le digo: —¿Torearán este año los ases en Madrid?

Don José me mira melancólicamente, y al cabo de una pausa, dice:

—Nadie sabe si vendrán para la Pascua... para la Trinidad. Desde luego, la Plaza de las Ventas está abierta para ellos en cualquier momento, así como para otros excelentes espadas que no se llaman Manolete o Arruza.

Ha llegado el momento de inquirir alguna noticia sobre el candente tema del precio de las localidades. Por demás, pregunta un tanto innecesaria, puesto que en la primera novillada del año los precios han registrado cierta alza.

—Los empresarios—dice el señor Orduña—estamos realmente horrorizados, hasta el punto de que esta misma semana nos vamos a reunir de nuevo para ver de adoptar alguna medida. El coste de la fiesta, por las causas antes enunciadas, continúa en alza, y de seguir así, las lamentaciones tocarán para todos.

—¿Pues sí que nos prevé usted un porvenir de color rosado! Pero bueno, amigo don José, dado el aforo de la Plaza, ¿no podrían confeccionarse buenos carteles, de discreto dispendio para el aficionado modesto?

—Todo eso parecerá muy fácil, y el público está en un grave error al creerlo así. Los llamados a dar esplendor a la fiesta, cuando vienen a Madrid, que es de higos a brevas, exigen tales retribuciones, que ni con doble aforo del actual cabría defensa económica para los organizadores, como no sea elevando los precios a tenor de los gastos.

—¿Cuántos años lleva usted de gerente de la Empresa?

—Desde agosto de 1934, que entré a sustituir a don Eduardo Pagés (q. e. p. d.). Descontando a don Manuel Retana, soy el gerente que más ha durado en este difícil puesto. Pero, créame, las energías ya me van faltando, y más en estos momentos, en los que para la Plaza de Madrid todo son dificultades.

Y ya después no pasó casi nada más. La materia había quedado prácticamente agotada, y, como siempre que se agota una materia, nos entró el deseo de levantar la sesión.

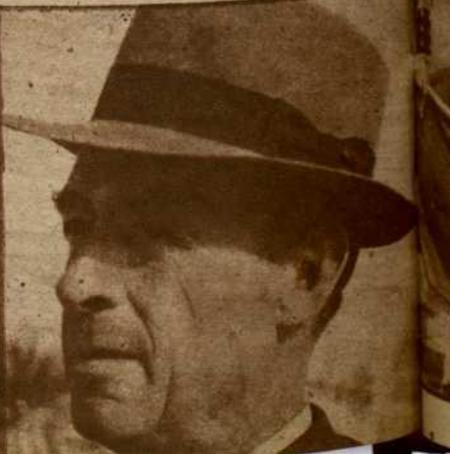
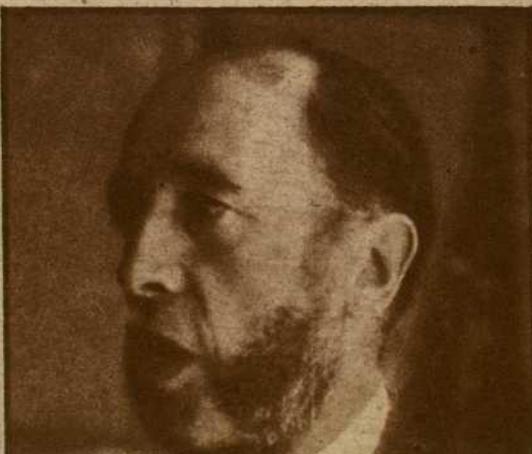
F. MEMDO

Garci-Grande

Alipio Pérez Tabernero

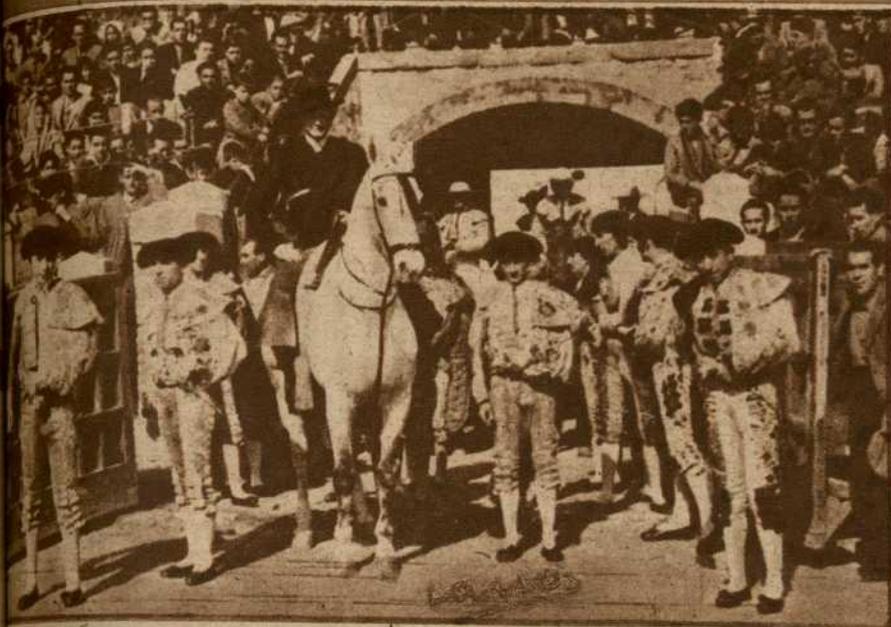
Rogelio M. del Torral

Antonio Pérez

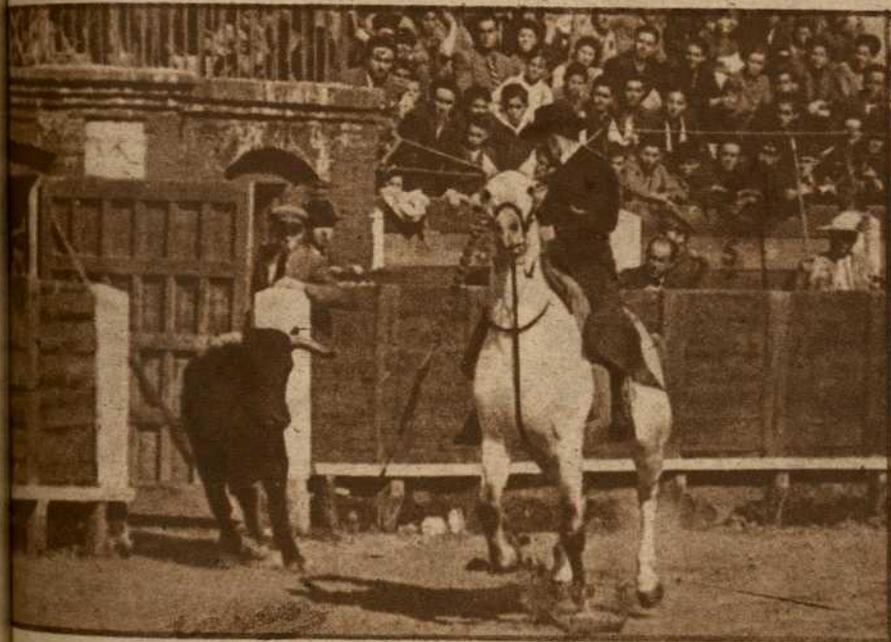


NOVILLADA EN CIUDAD REAL

**PEPE ANASTASIO,
CAGANCHO, HIJO,
Y ZAMORA**



Las cuadrillas en el momento de salir por el portón para hacer el paseillo



Pepe Anastasio espera a su novillo junto a la puerta del toril.— Abajo: Cagancho, hijo, en un pase por bajo. (Fots. Cano)

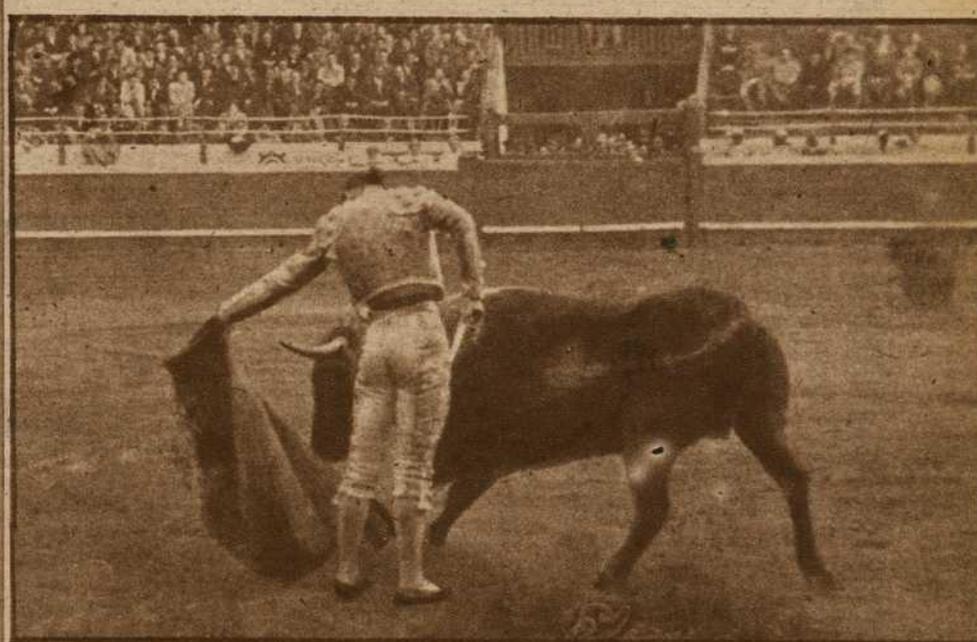


NOVILLADA EN BILBAO

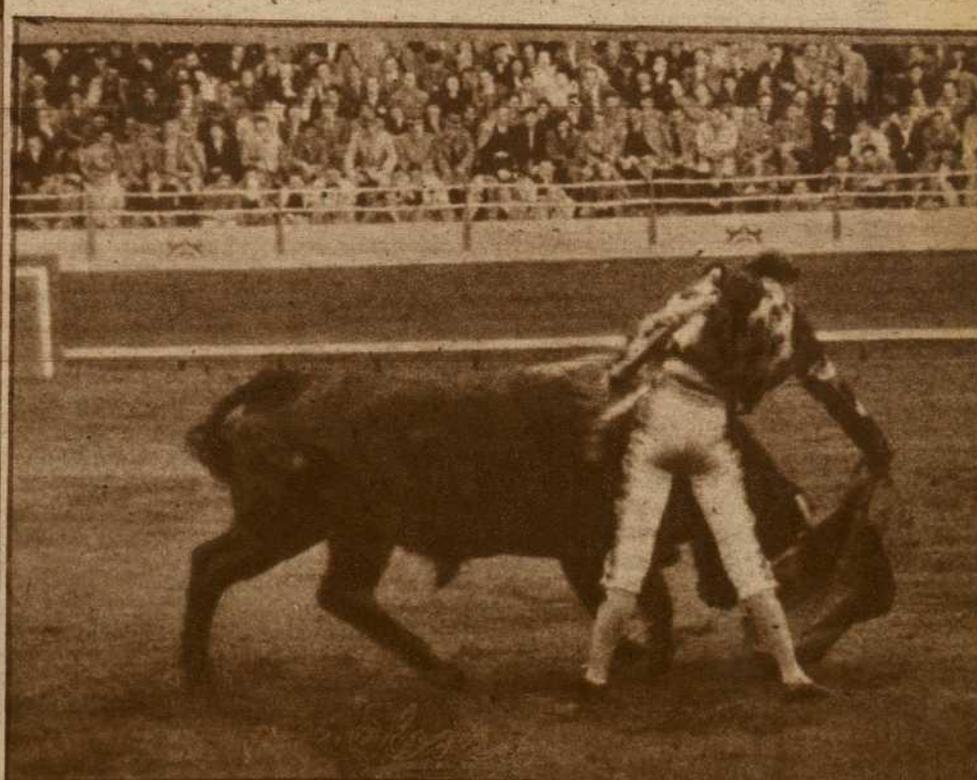
**PEDRO ROBREDO,
BALDERAS
Y BELMONTEÑO**

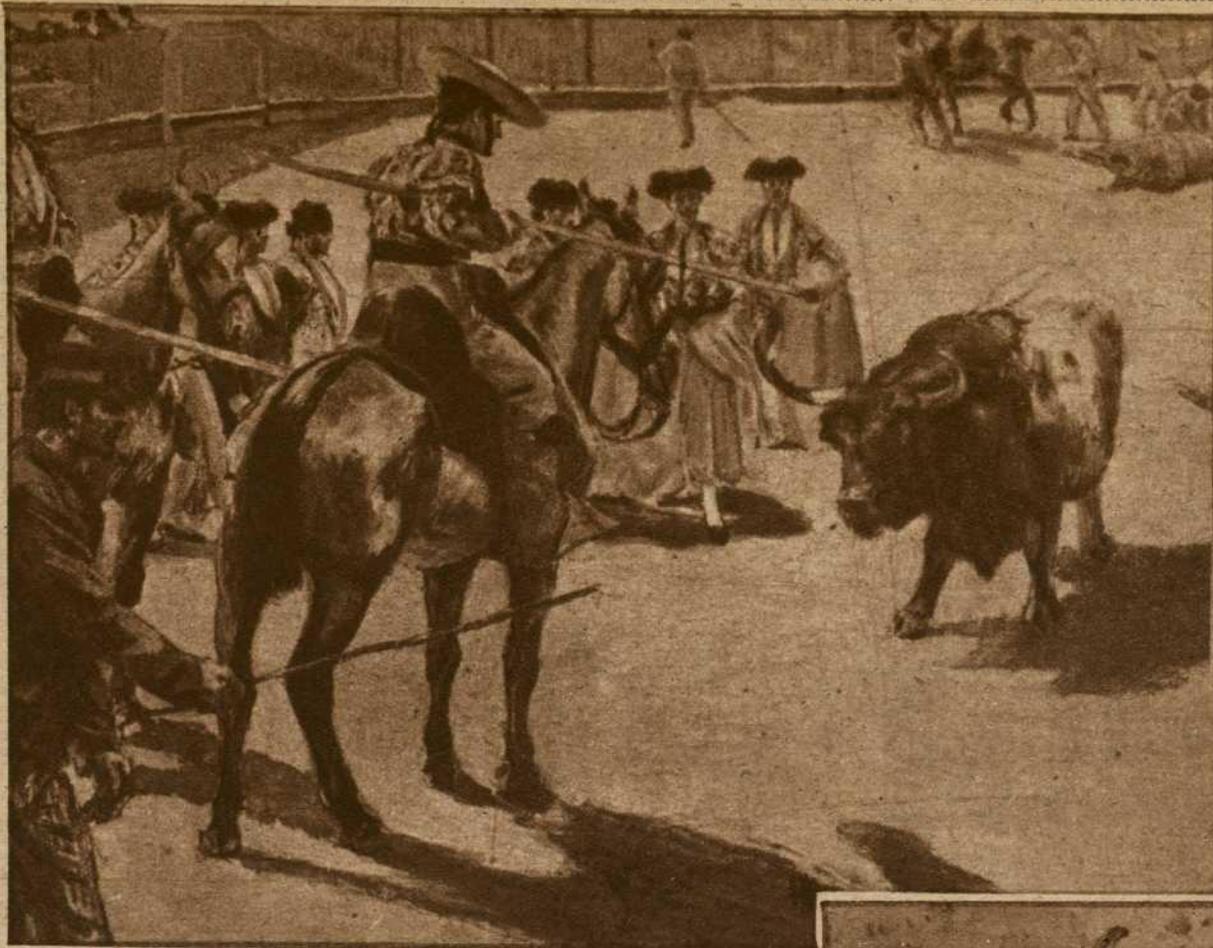


Pedro Robredo en un buen derecho, durante la novillada celebrada en Bilbao



Arriba: Belmonteño en un buen natural.— Abajo: El mejicano Balderas toreado de muleta por bajo (Fots. Elorza)





El arte y los toros

La PINTURA y los PINTORES TAURINOS

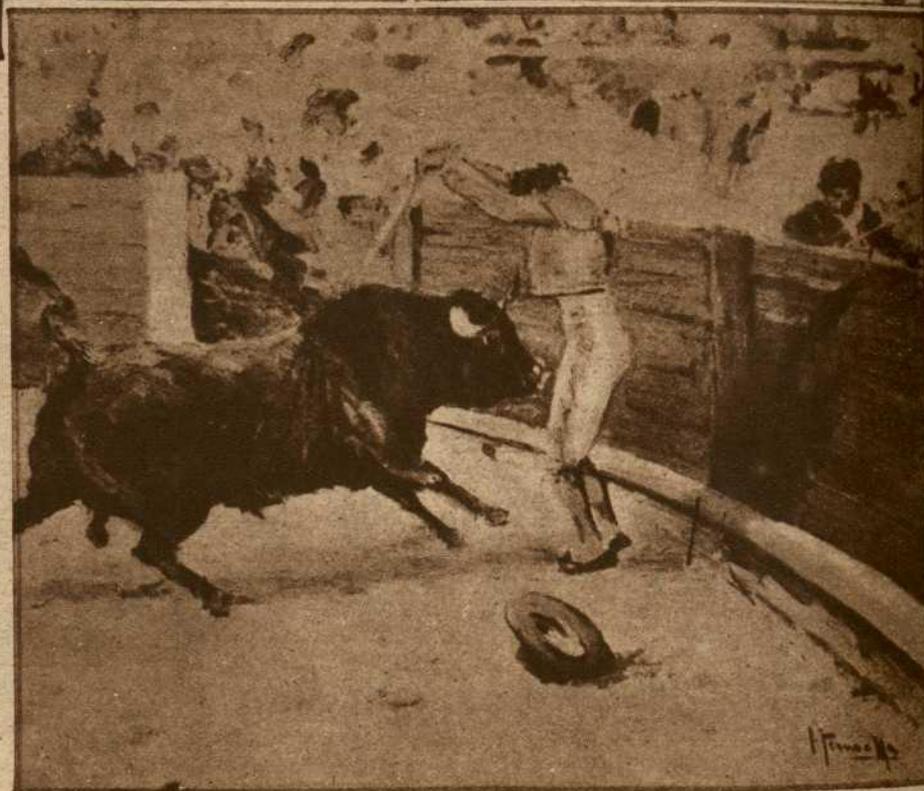


CUANDO movidos de una devota curiosidad admirativa, tal vez esclavos de una bella e innata profesionalidad juzgadora de la obra ajena, hemos lanzado una mirada panorámica, más recordatoria que efectiva, sobre la mayor parte de la pintura de estos últimos tiempos y hemos llegado, por consecuencia lógica, a una obligada razón comparativa, nos ha parecido que, al someter o al enfrentar la obra de hoy con la anterior, no tan lejana en el tiempo, los contrastes son tan bruscos, tan dispares en su concepción creativa, que hemos creído por un momento que han sido muchos los años que han pasado de una a otra, más de los que en realidad han sido. Verdad es que si nuestro punto de partida arranca desde los finales del siglo XVIII, en que hace su aparición Goya con sus pinceles, con la maravilla de su color y con la fortaleza de un verismo impresionista, fuerte contraste de las pinturas negras con la luminosidad de sus lienzos, ha sido ya cerca de siglo y medio evolutivo del arte, que tiene lógicamente que marcar acusadas variaciones, más todavía cuando no ya el arte, sino la vida misma, que es la que marca el ambiente y da la tónica de todas las manifestaciones concepcionistas que señala los estilos, ha discurrecido en estos últimos tiempos a una loca carrera de emociones, de vertiginosa y rápida simplicidad, aunque esa misma simplicidad, con la que se pretende encontrar mejor acomodo, haya por lo general complicado todavía más la propia vida. Y así, desde Goya y sus coetáneos, Carnicero, José del Castillo y Francisco Bayeu, genuino representante del más puro clasicismo, pasando por los continuadores de aquél, Eugenio Lucas, el Viejo, y Alenza; donde se marca un estilo o influencia de la escuela del pintor de Puendetodos, va cambiando la pintura, que al abocar a Vicente López se hace periódicamente más cromática, de una más minuciosa ejecución, una ejecución tal vez demasiado amanerada, aunque no carente de buena técnica, de vistosidad y de color.

Mas no olvidemos, ya lo hemos dicho anteriormente, que el arte está sujeto a las influencias de la época, es esclavo del espíritu gobernante, y España, al caer, por contagio, en el romanticismo, debilita las naturalezas que se entregan conscientemente a una delicadeza sensible y aburguesada con menoscabo y detrimento de cierto espíritu valerosamente emprendedor. Y no se vea en este juicio un ataque encubierto, a esa fase, que marca una época y

«**Esperando**», pintura con marcado marchamo extranjero, que no deja de ser interesante y gracioso por la falsedad con que su autor ha visto los toros.

«**Banderillas de Sánchez Mejías**», cuadro de Terruella, bueno de color y excelente factura, a tono con la simplicidad de rasgos de este tiempo



un estilo en el mundo; a la primera mitad del siglo XIX, pues bien pronto reaccionó, enriqueciéndose la pintura, que no había dejado de producir obras maestras, siempre sujeta, claro está, a influencias directrices del medio ambiente. Porque si el arte, tras de Goya, tal era su magnitud creadora, se debilita, no es tampoco por la decantada y auténtica decadencia, es porque los genios no nacen todas las épocas, y España había encontrado los suyos, afortunadamente en demasía, en el siglo de oro de nuestras artes y de nuestras letras.

Ya hemos elogiado abiertamente y como se merece el siglo XIX, artísticamente; ese inmediato siglo XIX, tan pródigo en pintura taurina, acaso porque la afición venía fomentándose, exaltándose con la depuración elegantizada del arte de torear y la frecuencia de buenos toreros frente a la pureza de raza en las ganaderías. En la última mitad de la pasada centuria, raro es el pintor, por mediocre o excelso que sea, que no preste su atención laboradora a los toros, y ellos vienen a ser como los maestros de la actual generación, en la que se incubía un estilo concorde con los tiempos que corren, más dados a la rapidez de líneas, a la supresión de trazos secundarios que a ese detallismo efectista que

caracterizó a los pintores de todo el siglo anterior. Tres escalas podemos establecer en la pintura taurina de estos tiempos que comentamos: la presidida por Goya en los finales del XVIII y principios del XIX; la de Ferrándiz, Simonet, Ruiz de Valdivia, Chaves, Perea y Lizcano principalmente, en la segunda mitad del XIX, y Ricardo Marín, Ruano Llopis, Benlliure, Domingo, Solana, Zuloaga, Vázquez Díaz y Casero, en especial, en lo que va del XX, ya que los otros pintores, como Sorolla, Bermejo, etc., sólo se apuntan algunas obras de este estilo.

Dos cuadros ilustran hoy esta plana. El uno, del catalán Joaquín Terruella, que marca la estilización de líneas que decíamos antes, autor a la vez de «Capea» y «El reserva», otros dos cuadros taurinos dignos de elogio, y ese otro, con marchamo extranjero, que no deja de ser gracioso en su manera, llena de falsedad, contraria al reglamento y a las exigencias de la lidia, de ver los toros. Sin embargo, ellos son, en sus contrastes, como una muestra más de la pintura taurina de estos tiempos, que sin pretensión alguna, periódicamente, venimos desde un principio comentando

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

AFICIONADOS DE CATEGORÍA Y CON SOLERA

Al escultor FRUCTUOSO ORDUNA, lo único que no le gusta de la fiesta es el traje de los toreros

La película de una corrida vista en Roma, despertó su españolismo



EN VACACIONES FORZOSAS

EL ilustre escultor navarro Fructuoso Orduna —y no Orduña, como equivocadamente suelen poner su apellido en los periódicos— acaba de terminar estos días la monumental escultura de Don Alfonso XIII, que será colocada en la Ciudad Universitaria. Ahora está esperando —y deseando— que se la lleven a la fundición, porque esta obra, cuyas grandes dimensiones han requerido el montaje de un an-

chillaje especial, le ocupa todo el Estudio y no puede trabajar. Gracias a esta circunstancia, que para él es desagradable, pero que a nosotros nos facilita la labor, podemos charlar con él sin esa preocupación que supondría el apartarle, aunque fuera sólo por media hora, de su labor de artista; de su labor, en la que tan señalados triunfos ha alcanzado. Orduna, primera medalla, escultor de prestigio y fama mundiales, es este hombre de apariencia fuerte y sencilla, sin esa "pose" que distingue a muchos consagrados y aún a muchos que están muy lejos de la meta.

—Dice usted que quiere que hablemos de toros?

—Si no tiene inconveniente.

—Ni mucho menos. Esta es una conversación que me agrada, ya que como español soy admirador de la fiesta. Lo que siento, por usted, es que mis opiniones no tengan el valor que les prestaría si yo fuera un técnico de solvencia en la cuestión. No soy más que un aficionado, y como tal estoy a su disposición.

FUENTES EN EL RECUERDO

—Lleva usted muchos años de espectador?

—Bastantes, bastantes... Tenga en cuenta que yo no soy ningún póllo. Así me queda atrás, como en una pantalla lejana, la figura de Fuentes, que es el primer torero cuyo nombre se me queda en la memoria. A Fuentes, que era extraordinario, sobre todo poniendo banderillas, le vi yo en Zaragoza, porque aunque soy navarro, de Roncal, viví de muchacho en la capital aragonesa. Con Fuentes toreaban otros toreros, pero debieron estar muy mal, o Antonio muy bien, porque se eclipsaron en mi memoria, borrados por la actuación del gran torero. A partir de esta tarde, en la Plaza zaragozana ya fui un espectador asiduo, y he visto corridas en casi todas las Plazas de España. Aun ahora, en que el ocupar una localidad en el tendido es menos asequible que en otros tiempos, no se ha enfriado mi afición.

LAS DIFICULTADES DE HOY

—Y es menos asequible, por qué?

—Hoy, el ir a los toros es un verdadero problema.

Significa el vencer una serie de dificultades y el estar pendiente, con muchos días de anticipación, de las pacientes y laboriosas gestiones para conseguir la localidad.

—Sí, hay que reconocer que es un problema, sobre todo cuando el cartel es atrayente.

—Se ha puesto cada vez más difícil el ir a la Plaza. Los transportes, los pasos que hay que dar para conseguir una entrada... Una serie de incomodidades, que son sucesivas pruebas de nuestra afición, incommovible, a pesar de todo, aunque haya momentos en que por esos inconvenientes la sintamos vacilar. Claro que, por otra parte, esa odisea por conquistar la localidad significa que ha aumentado considerablemente la afición, y si no quiere llamarle afición, diga que ha aumentado de manera enorme el número de espectadores. Es decir, que, por este punto del público, la fiesta no está en decadencia, sino todo lo contrario. Nunca se ha visto tan asistida de público como en estos tiempos.

LA SOMBRA DE JOSELITO

—Y estos tiempos, son mejores que otros?

—No son mejores ni peores. Sencillamente, son estos tiempos. Creo que no se debe hablar de épocas mejores y peores, porque cada una responde a su momento. A mí, particularmente, me interesaron más los años de la competencia de Joselito y Belmonte. A Belmonte llegué a verle de novillero. Por cierto que, pocos días después de la muerte de Joselito, toreó Belmonte en Madrid, en una corrida en que los toreros llevaban un brazalete negro y en todos los tendidos parecía estar la sombra de Gallo. El toro primero de Belmonte le cogió, y la impresión que, reciente la tragedia de Talavera, causó la cogida en los espectadores, es difícil de explicar. Se sentía como una opresión en todos los pechos, como una angustia infinita. Por fortuna, la cornada no fué grave. En esto de las cornadas he tenido suerte como espectador. Nunca he presenciado una mortal.

EL TRAJE DE LOS TOREROS

—Hay algo que no le guste en el conjunto del espectáculo?

—Pues... no sé si decirselo.

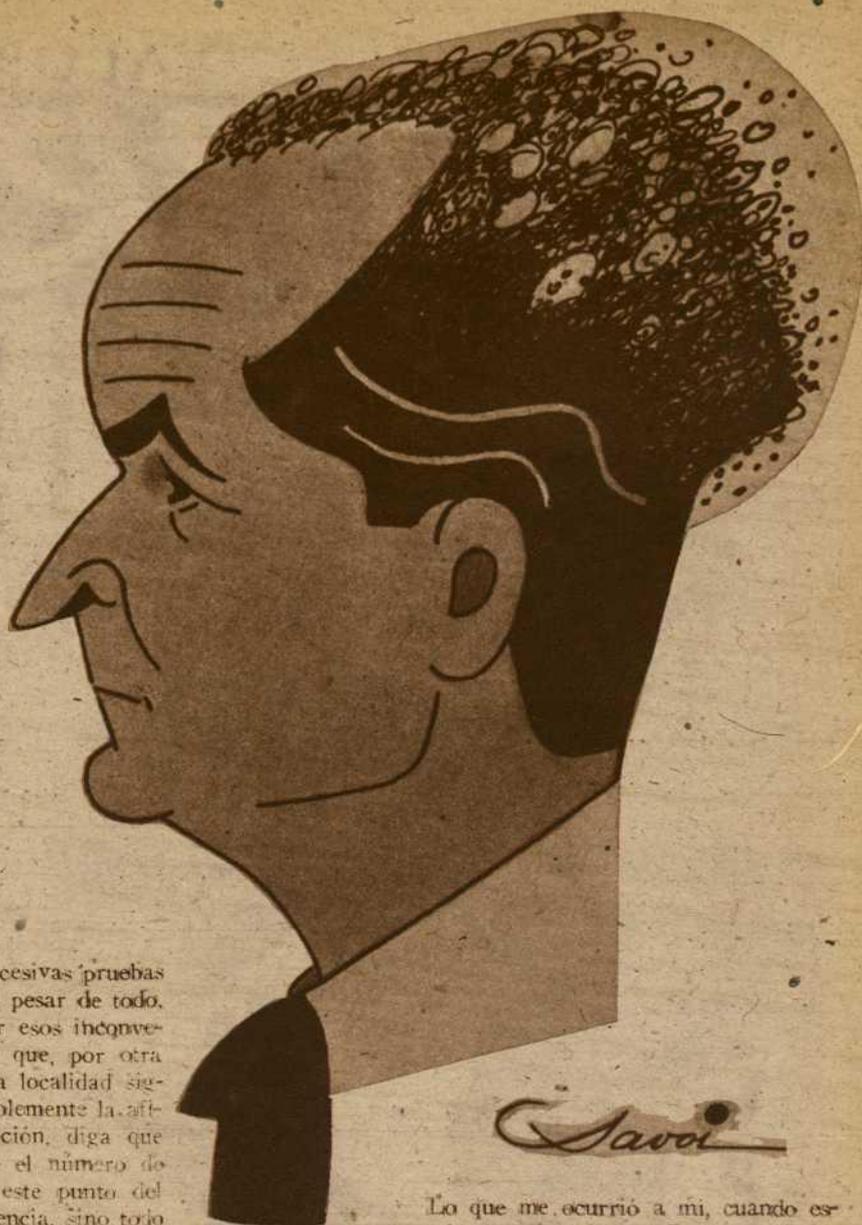
—Vamos, atrévase.

—Lo que no me gusta es el traje del torero. Comprendo que es una difícil y estudiada consecuencia del hecho taurino, y tampoco veo cómo podría sustituirse. Pero frente a la verdad del toro, el torero tiene mucho de figurín, de disfraz. Esa perfección que con arreglo a la función que desempeña se ha conseguido, en lo que respecta a indumentaria, con el picador, que es el único que va vestido apropiadamente, falla en el torero a pie, con sus finas zapatillas, sus medias de seda, con ese traje que resta virilidad, que falsea la fuerte realidad del encuentro del toro con el diestro.

UNA CORRIDA... EN ROMA

—En sus viajes al Extranjero, ¿no llegó a sentirse desligado de la fiesta?

—Es curioso observar que fuera de la Patria se acentúa nuestro españolismo hasta límites increíbles.



Lo que me ocurrió a mí, cuando estaba pensionado en Roma, es muy significativo.

—Explíquese, por favor.

—Se proyectaba por la mañana, fuera de las horas de los programas habituales, ya que estaban prohibidas las corridas hasta en película, un film titulado "Sangre roja", que era una corrida completa, con Gallo, Belmonte y Gaona. Contemplando ese film es cuando me di cuenta de lo españolísima que es la fiesta. De mi garganta salían "¡oles!" incontenibles, ante el asombro de los espectadores.

UN PAMPLONICA SERENO

—Como navarro, habrá asistido a los celeberrimos encierros de Pamplona.

—Eso es algo único. Me entusiasman, tanto como las corridas, los preliminares, esos preliminares que son los que nos meten, desde primera hora de la mañana, el veneno para todo el día. En los encierros de Pamplona, tan bien organizados, he visto yo cosas famosas. Una de ellas el de un hombre que cuando venían los toros se sentó tranquilamente a la puerta de su casa y se puso a leer el periódico. Uno de los toros se acercó, como si quisiera oler la tinta impresa. Entonces el hombre le dió en el testuz con un junquillo, y la fiera retrocedió de un salto y huyó. En Tudela vi yo el cartel aquel que ha pasado al anecdotario taurino.

—¿Qué cartel?

—Allí tenían la costumbre de pedir siempre un toro más cuando acababa la corrida. Un año anunciaron siete toros, y como no tenían más que seis, pusieron una tira al final del cartel que decía: "Aviso: el último toro será vaca".

LO QUE CAMBIAN LOS TIEMPOS

—¿Ha influido su afición en su arte?

—No. Escultóricamente no tengo hecho nada de toros. Lo que sí me gustaría es torear, porque a mí me agrada más, en todas las cosas, actuar que ser espectador. Por lo mismo fui futbolista, en los tiempos heroicos, cuando en Zaragoza se daba con la entrada chocolate y banda de música, y, a pesar de ello, no iba nadie. ¡Lo que cambian los tiempos!

RAFAEL MARTINEZ GANDÍA

Luis BRIONES

VALORES MEJICANOS

EL TORERO DE LA MANO IZQUIERDA

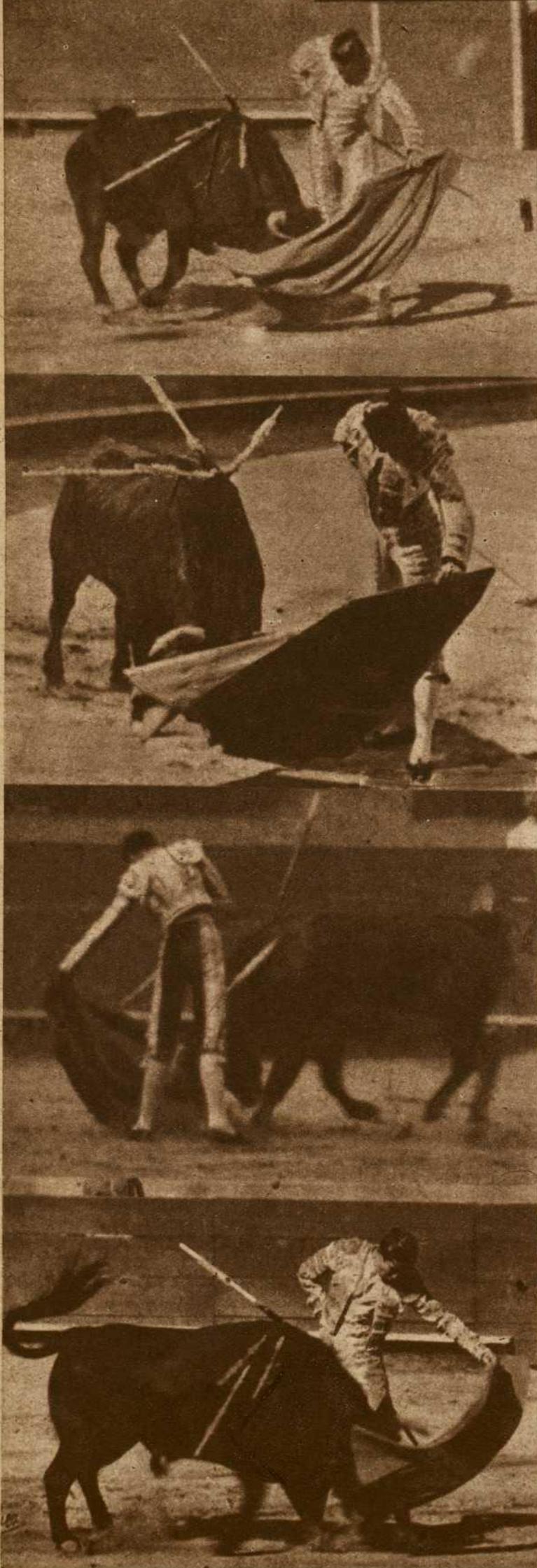
Se ha dicho y se ha repetido veces y veces que el toreo con la muleta para que sea verdadero toreo tiene que ser a base de la mano izquierda. Por eso, antiguamente, cuando se *toreaba más al natural*, sólo existían dos pases: el *natural* o *regular* y el *de pecho*, siempre con la *mano izquierda*. Lo demás era forzar el toreo: alardes de valor y de dominio algunas veces; pero en muchos casos, la manera de ocultar una falta de arte y de sabiduría.

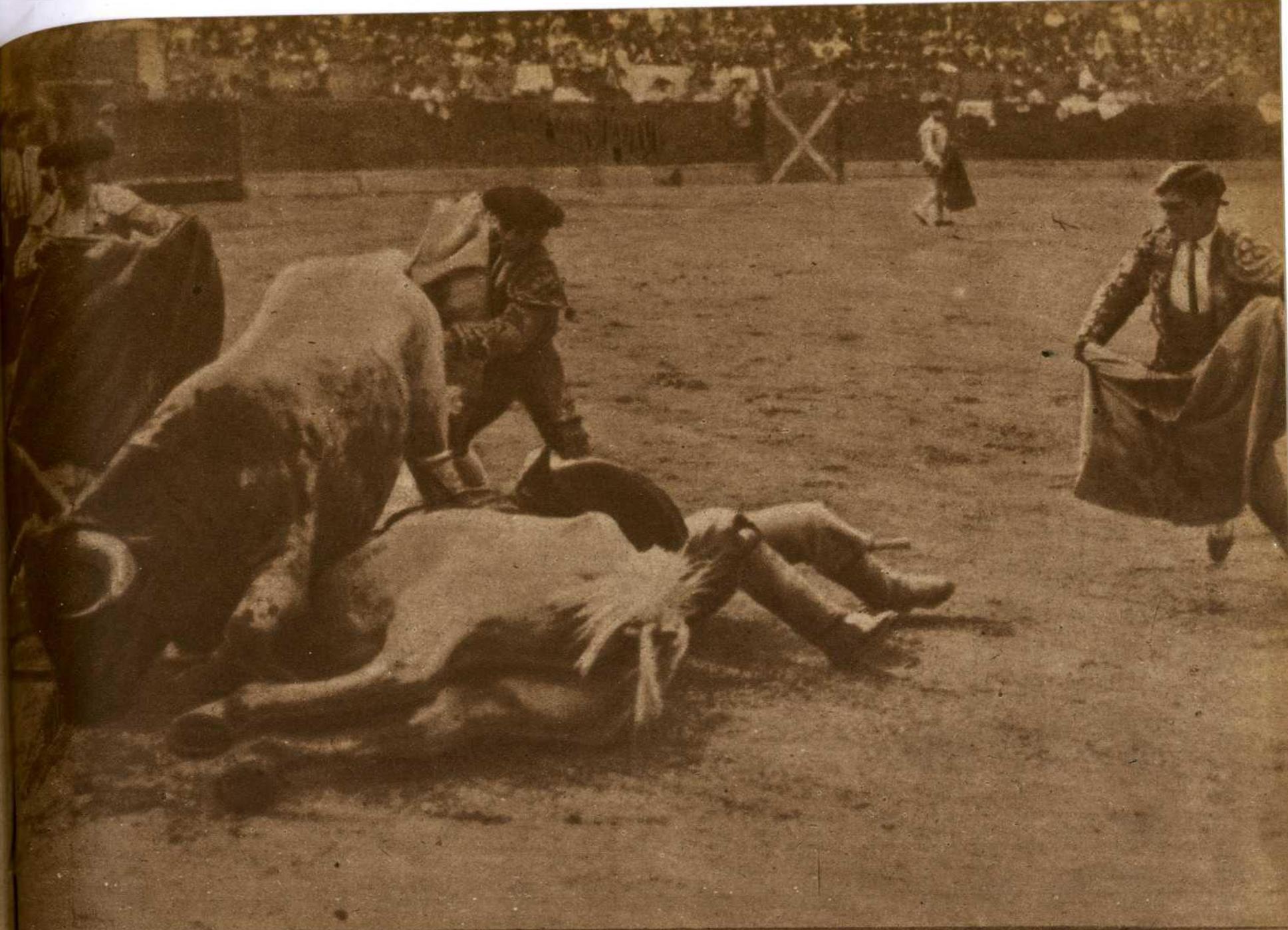
Pero el toreo ha variado mucho de entonces acá, y por eso, cuando sale un matador y *torea con la mano izquierda*, la multitud ruge de entusiasmo.

He aquí la razón del triunfo absoluto y rotundo del excepcional matador de toros mejicano Luis Briones, conocido por la afición de allá por el *torero de la mano izquierda*, por lo que cuenta con las máximas simpatías y las más fervorosas admiraciones. Torero fino, con arte depurado y exquisito al manejar el capote, culmina su clase extraordinaria *al muletear al natural ligado con el arrogante pase de pecho. Todo con la mano izquierda*.

Así torea el Tesoro de Monterrey, como se conoce a Luis Briones en su patria por las calidades purísimas que encierran su mágico capotillo y su armoniosa muleta. Garbo, estilo, solera y empaque de excepcional matador de toros, aromado todo ello de esa esencia exquisita de los elegidos e impregnado al mismo tiempo de un valor sereno, recio y consciente. Esto es lo que derrocha en todas sus actuaciones este nuevo arlequín de seda y oro que, pletórico de la sana ambición de triunfar, viene a España dispuesto a ser la máxima figura taurina mejicana en la presente temporada de 1946.

Afición, arte, valor y condiciones le sobran. Pronto lo vamos a ver y daremos la razón a su apoderado, don Cristóbal Becerra —buen catador de toreros—, que ya ha sabido lo que ha hecho al representar a este nuevo valor de la torería actual.





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

UN QUITE DE GAONA

La fotografía es de aquellos tiempos en que Gaona colmaba las ilusiones de la afición. Cuando los caballos andaban aún por los ruedos de España dando el pecho y dando motivo a que se dijera de ellos que eran la verdadera víctima de la Fiesta. De aquella época en que los toros salían de los chiqueros y parecía que había entrado en la plaza el mil uno.

Y si no, vean ustedes el grupo que el fotógrafo ha captado con la retina vigilante de su máquina. El toro por encima de todo. Arrolla cuanto se opone a su mano, después de haber lanzado por los aires al triste jamelgo y trata de hacerse dueño del cotarro.

Hay un picador mordiéndose el polvo; y no lejos de él, el monosabio, del que sólo se ve el bulto, trata de incorporarse, pues hasta para él ha habido en el barullo.

Y los toreros al quite. Aquel tratar de colocar al bicho, mientras el espada acude a librar al varilarguero, llevándose el toro. Va a hacer su quite, pero tal y como se concibe esta fase de la Fiesta. Va a llevarse al astado sin pensar en su propio lucimiento. En este caso, Gaona corre presuroso hacia el lugar de la caída y con el capote preparado para torear a una mano, piensa encelar al toro y sacarlo a los medios. Lejos, donde ya no quepa el peligro para los de su cuadrilla.

En efecto, este torero aun hacía el quite de la forma que debe ser. Hoy el espada cree que este momento se ha creado únicamente para dar lugar a que él componga su figura, y se estire en unas verónicas lentas, o rice al aire la gracia de unas chicuelinas. Todo sin mirar cómo quedan los demás.

Sin darse cuenta si el picador anda aún por los

suelos y, en cualquier viaje, el toro puede hacer por el varilarguero, o por el caballo, que aun no han tenido tiempo de levantar. Eso a él parece no importarle. Y, sin embargo, hasta para el propio espada es perjudicial, puesto que la atención del bicho se distrae con las figuras que tiene cerca y, generalmente, al irse, desluce totalmente la gracia que hubiera en la suerte.

Y no es que nosotros no seamos partidarios de la belleza que en sí tiene hoy el torero preocupán-

dose de componer su figura y rimar tres o cuatro tiempos de verónica. No. Nos parece magnífico; pero estimamos que lo primero que hay que hacer es llevarse el toro lejos. Sacarlo del tercio, y entonces, sí, torear cuanto le venga en gana al espada y cuanto aguante el bicho.

Pero antes hacer el verdadero quite.



A PUNTA DE CAPOTE

VERGÜENZA TORERA

EN qué consiste la vergüenza torera y en qué grado se identifica o se diferencia ese sentimiento del concepto *total* de vergüenza como estímulo de la conducta? ¿Es que hay una vergüenza profesional? Quizá, sí; quizá un hombre tarado con ese desequilibrio moral que llamamos falta de vergüenza o estimación de sí mismo, tenga, sin embargo, un agudo sentido de su decoro en la destreza de sus manos como artífice, en la de su talento como escritor, en la de su estro como poeta; dándose el caso, muy posible en la vida, de que el tal artista, el tal poeta de pruritos extremos en la dignidad suprema de su arte, sean por paradoja indelicados y desaprensivos en la conducta privada. Existe, pues, perfecta compatibilidad entre la falta de vergüenza en lo social con la sobra de vergüenza en lo profesional. Y existe, por lo tanto, y muy acentuada, la vergüenza específica, personal y torera, en los lidiadores de reses bravas. Es en ellos, quizá, donde la vergüenza profesional tiene más honda raigambre con la dignidad humana por apoyarse precisamente esa exaltación del espíritu en el concepto masculino del propio valor. Y el valor, estímulo primario, es el resorte moral que más enaltece al hombre como hombre. Para el hombre normal la tacha de cobardía es la más bochornosa, y el torero, cuyo oficio es el valor que ha de acreditarse ante el público en todos los momentos, reacciona contra ella aun a brazo partido con la muerte. *Quedar bien, quedar bien y quedar bien, aun a riesgo de la vida*; he aquí el principio supremo de la vergüenza torera inconcebible sin su reflejo en el espejo que llamamos público. Sin público, es decir, en una Plaza vacía, con torero y toro por única presencia, no hay posibilidad de revelación para la vergüenza torera.

Grandes lidiadores recibieron terribles cornadas, y aun la muerte, por la exacerbación

psicológica de ese sentimiento. La carne martirizada de Frascuelo, de El Espartero, de Reverte y tantos otros, aparecía condecorada con las cicatrices de tales heridas, abiertas antes en el amor propio que en la carne temeraria. Inconscientes de nuestra presión mental —y de la otra— sobre los hombres que en el ruedo se juegan la vida, somos la ocasión de la vergüenza torera y de sus posibles derivados cruentos. El hombre que va a los toros, tan ricamente acomodado en el tendido, adquiere por unas pesetas el derecho —único en las fiestas públicas— de presenciar y calibrar el heroísmo como espectáculo. Este es el gran secreto de la pervivencia del toreo.

Así entiendo yo la vergüenza torera, única en su género, y para rematar esta opinión voy a referirme a una anécdota de Antonio Reverte, que a mi juicio la pinta con todo el color y toda la enorme gallardía de aquel artista inolvidable.

Antonio Reverte, torero racial de supremas valentías y finuras suyas, modelado en el moreno barro cocido de la cerámica sevillana, era el arquetipo ancestral del hombre maravilloso de Andalucía la Baja, de la Bética. De ahí el mito de la novia imaginaria que la musa popular le inventara para buscarle pareja contra el destino inexorable de su juventud tronchada. En vida, en su breve vida, fué amado por las mujeres como ningún ídolo taurino lo fué. Las damas y madamiselas del Mediodía de Francia le arrojaban flores al tendido. Y una tarde...

Una tarde esplendorosa de toros en la Francia que por su historia en el medievo y por su amor a la fiesta podríamos llamar hisánica, era Antonio Reverte el héroe, el semidios de un momento glorioso, ápice de su vida torera. Este momento de rancia solera castiza y galante, glosado por la Prensa francesa y recogido en un librito por García Carraffa, fué como sigue:

«Lidiábase el último toro de la tarde. El público, que llenaba los ámbitos de la Plaza, contenía en silenciosa expectación su angustia ante la silueta del torero perfilado en la misma cabeza de la fiera para hundir su espada en todo lo alto del morrillo. Y en aquel momento, momento largo y breve, una rosa,

procedente quizá de una mano femenina, vino a caer revoloteando a los pies del lidiador como una blanca mariposa primaveral. ¿Qué hizo entonces Antonio Reverte? El héroe, nunca mejor así llamado, desarmó su brazo, se inclinó sobre la arena y recogió la rosa. Un grito de espanto sacudió a la multitud hasta las raíces del alma. El toro se había arrancado y corneaba aparatosamente al temerario. Acudió la cuadrilla al quite y el torero pudo levantarse ileso con la rosa en la mano.»

Más tarde, un su amigo le interrogaba:

—Por qué hiciste aquello, Antonio? ¿No viste que aquel toro, al arrancarse pudo matarte?

—Naturalmente que lo vi—. Pero si no recojo aquella rosa, hubiera quedado como un cobarde; y no es ciertamente a los cobardes a los que se arrojan flores en el ruedo.

FEDERICO OLIVER



Antonio Reverte

NUESTRA CONTRAPORTADA

José Lara, CHICORRO



Nació José Lara en Algeciras, el 19 de marzo de 1839, y falleció en Jerez el 25 de mayo de 1911.

Contaba un año de edad cuando sus padres se trasladaron a Jerez, y desde chico comenzó en el matadero a torear vacas y toros de desecho. Manuél Díaz, Lavi, lo incorporó a su cuadrilla y se lo llevó a torear a Lima, en cuya Plaza actuó por primera vez en corrida formal, ya que hasta entonces sólo había tomado parte en novilladas de poca importancia. Su labor de banderillero entusiasmó a los peruanos, y en la sexta corrida, a petición del público, alternó como espada con su maestro. Cuando llegó a Lima contaba veinte años, y hubo de permanecer cuatro más en Perú, figurando en todas las corridas como matador de toros. Del Perú pasó a La Habana y luego a Puerto Príncipe, en cuya Plaza actuó como matador en veintinueve corridas. En 1865 regresó a España, y en 1866 ingresó

en la cuadrilla de Antonio Carmona, el Gordito, que lo tuvo por su discípulo predilecto, hasta que lo consideró suficientemente preparado y le dió la alternativa, en Barcelona, el 24 de septiembre de 1868. En 11 de julio de 1869, el Salamanquino le confirmó la alternativa en Madrid.

Toreó bastante, y con éxito, aunque era un torero medroso, y el 29 de octubre de 1876, alternando con Lagartijo y Frascuelo, en corrida a la que asistieron el rey Alfonso XII, la princesa de Asturias y los príncipes de Sajonia Weimar, consiguió, con la primera oreja que se concedió en la Plaza de Madrid, el mayor éxito de su vida. Antonio Peña y Goñi describió así la hazaña de Chicorro:

«Salió el tercero, de Benjumea, llamado Medias Negras, berriendo en negro, capirote y botinero y bien armado. Lo que hizo Chicorro con este toro se necesita haberlo visto para creerlo. Comenzó por dar el salto de la garrocha de un modo admirable, se dirigió inmediatamente a cuerpo limpio al toro y le arrancó la divisa en un recorte ceñidísimo, saliendo Chicorro en séguida a ofrecérsela a los príncipes de Baviera, que ocupaban, con Alfonso XII, el palco regio. Aceptado el regalo, presentóse nuevamente Chicorro en la Plaza; tocaron a banderillas, cogió dos pares de a cuarta y clavólas magistralmente al cuarteo; agarró luego un par de las comunes y lo clavó también de una manera admirable. Entre el delirio de los espectadores, asombrados por tales faenas, se apoderó Chicorro de los trastos de matar, dirigióse al toro y lo echó a rodar de un pinchazo en hueso y un asombroso volapié hasta la mano, que hizo morir instantáneamente a Medias Negras sin necesidad de puntilla. Lo que pasó en la Plaza no hay nadie capaz de describirlo. No he visto jamás espectáculo semejante ni más cigarrillos y pifandas de vestir des-

parramados por la arena. Ni creo que se haya visto jamás a un torero ejecutar cuatro suertes distintas: el salto de la garrocha, quitar la divisa sin capote al brazo, poner tres pares de banderillas, dos de ellos de a cuarta, y matar, finalmente, al toro; todo ello admirablemente, con matemática precisión y sin solución de continuidad. El público, fuera de sí y no sabiendo de qué modo había de colocar su entusiasmo a la altura del mérito de Chicorro, pidió desafortunadamente que el toro le fuera concedido, y a ello accedió el presidente. El afortunado lidiador cortó la oreja a la res y la mostró a los espectadores, que aplaudieron con frenesí, consumándose de tal suerte un acto sin precedentes en estos tiempos en la Plaza de Madrid.»

Chicorro estuvo luego apartado de los toros, a causa de una enfermedad a los ojos, y en 1888, sin bríos ya, reanudó su actuación en los ruedos. El 30 de octubre de 1898 se despidió de los jerezanos, y el 29 de octubre de 1899 toreó, alternando con Jerezano y Parrao, en Barcelona, la última corrida de su vida.

Chicorro era excepcional banderilleando al quiebro y ejecutando el salto del trascuerno, y con la garrocha es fama que nadie logró igualarle.

Frascuelo dijo de Chicorro: «¡Cuánto se puede esperar de este tercer espada!» Y años después, Lagartijo se expresó así: «Chicorro nos hubiera hecho apretar las ligas a todos los que vestimos de toreros... y perdió el corazón.»

HABLAN LOS SUBALTERNOS FAMOSOS

Bombita IV lleva cuarenta años banderilleando y todavía no piensa irse

HACE ya cuarenta años que Bombita IV está luchando con los toros en todos los terrenos: como espada al principio y como banderillero casi toda su vida. Y estos toreros, que fueron siempre la raíz que sostenían las cuadrillas de los matadores famosos, encierran mucha verdad interesante para el conocimiento íntimo de la fiesta.

Cuando buscamos a Bombita IV —debe su nombre profesional a ser de Tomares, pueblecito sevillano donde nacieron todos los Bombas, y estar, además, emparentado con ellos—, acaba de llegar del campo: una finca de labor que lleva con su hermano en las dehesas de las Vacas. Trae una mata de habas, y el famoso banderillero nos dice que el campo viene magnífico y que las cosechas pueden ser espléndidas.

—Con estas tierras nuestras, ya nos puén cerrá toas las fronteras der mundo— comenta, riéndose, el torero.

Bombita IV empezó a torear, hacia el año 1905, en una becerrada en Dos Hermanas. Era un niño, y le soltaron dos becerros bravos, a los que toreó con mucho arte.

—Maté con una espá que me regaló Pepete, matador de toros de mucho carté.

Poco después se presentó en Sevilla, en la Maestranza, con Juan Belmonte y Pillín, el año 1910. Toreó, a partir de entonces, muchas novilladas. El año 12 lidó una corrida a beneficio de una organización caritativa de Triana y alternó con Manolo Martín Vázquez —tío de Pepín— y Corcito. Bombita IV dice de esta corrida:

—Me dieron el aviso más grande que s'ha dao en una Plasa e toro. Lo tocó la banda de cornéta de Caballería. Algo bueno de verdá.

Y así fué su vida de matador, hasta que, a través de algunos años, dió en banderillero y peón de los de gran calidad y clase. El IV de los Bombas ha banderilleado con Sánchez Mejías, Maera, Pacomjo Peribáñez, Gitanillo de Triana, Manolo Bienvenida, Gallito, Pepe Luis... Varios mundos ha conocido, y ahora, a los cincuenta y cinco años, resume así sus propósitos toreros:

—Ahora estóy dispuesto a toreá to lo que salga por delante.

¿Por qué habla así Bombita IV? ¿Cómo ve el toreo de ahora este hombre, de ánimo tan resuelto y decidido? ¿Es que no se pierden tan fácilmente las facultades? Nadie como Bombita para opinar sobre el estado del toreo por dentro. El ha vivido —en cuarenta años— todas las revoluciones que han sido decisivas en el toreo y ha visto los más diversos lidiadores. El se ha enfrentado con toros de barba, del "papillo", de años, de poder, torcidos, derechos, de muchos kilos, y, en suma, para Bombita IV, su actitud de ahora es hija de una gran autoridad profesional, adquirida en casi medio siglo de incesante actividad torera. Siete viajes a tierra americana figuran en su historia, y... así todo. Pues bien: con todo ello, Bombita IV empieza su análisis del toreo actual con estas palabras impresionantes:

—Ahora (hablo de los de mi tiempo) se va al toro como se va al campo a una tiente. Puede afirmarse (lo demás son convencionalismos) que casi no hay peligro. Antes se tenía una responsabilidad grande y se tenía al toro, que era grande y tenía muchísimo sentido. Los jefes de cuadrilla mandaban mucho; eran los únicos que lo sabían todo. Ahora, el verdadero peligro está en el matador y en los amigos que rodean al matador. De ellos, de sus intrigas y sus cábalas, depende el que el banderillero o el picadero valga más o menos y deba estar



Bombita IV con nuestro corresponsal en Sevilla Paco Montero

o no en la cuadrilla. Esta es la verdad. Antes le decían a uno: No lo dejes, no lo dejes", porque toda la lucha con el toro era poca, y ahora nos dicen: "Déjalo, déjalo, que se va a caer." ¿Han cambiado las cosas o no? Lo que ocurre —afirma ahora lentamente Bombita IV— es que el terreno se ha achicado, porque el toro ha perdido volumen y dimensiones y hay más sitio. Como el poder es muy pequeño, la cosa está en acercarse, y ya está. A pesar de tanto acercamiento, ¿hay más accidentes ahora quizá? ¿Cuántas cogidas hay al cabo del año? Y esto, ¿por qué? No hay otra razón: los toros pueden menos. Y esto comprendo que no está bien que se diga. Sobre todo, yo, que todavía toreó. Pero ¿no me decía usted que le diera una opinión sincera?

Estas opiniones son las que encajan en la seriedad de EL RUEDO.

Y ahora hacemos un alto para que Luis Arenas retrate al torero de frente, de perfil, mirando a Triana, mirando al cielo...

Bombita IV nos cuenta una prueba de lo que antes mandaban los maestros:

—Toreaba yo con Mejías. (Se refiere al gran Ignacio, a quien inanimadamente llamaban así: Mejías.) Alternábamos con Joselito. Al preparar al toro para caballos, le di dos recortes por la izquierda, y, rápido, Gallito me dijo así: "L'has dao dos por la izquierda. Si to das uno sólo por la derecha, tiene bastante, y además el toro quea en su suerte." Yo —dice Bombita IV— me había equivocado por completo. Así era todo. Nadie se atrevía a dar un capotazo de más. La lidia era la base. El toreo era una verdadera delicia de buenos paladares. Por lo general, los toros buenos se toreaban maravillosamente. A los malos se les hacía buenos. ¿Un poco más separado? También los pitones eran más grandes y los kilos muchos más. No le demos vueltas.

Recordamos ahora muchos días aciagos.

—Yo he perdido muy buenos amigos. Se murió Mejías, se murió Curro Puya, se murió Manolo Bienvenida... Con todos ellos banderilleé mucho tiempo y son para mí inolvidables.

¿Cuánto ganaba en sus veinticinco años Bombita IV?

—Yo cobraba —y conmigo, Magritas, Morenito de Valencia, Pepe Rodas... todos están por ahí— treinta y cinco duros. Recuerdo que una vé el Sindicato nos puso los cuarenta duro, y Pepe Rodas y yo se los pedimo a Mejías por obedecé las órdenes. Ninguno nos atrevíamos a decirselo y le escribimos una carta. Fuimos los do. Y echamo la carta por la cancela de la casa de Ignacio... Ahora...

He aquí un tema de gran interés. ¿Ahora, qué? Bombita IV no cree que el establecimiento de las categorías resuelva nada en favor de los subalternos. El propuso en Madrid que la cuadrilla percibiera un tanto por ciento de los honorarios del espada y que, equitativamente, fuese repartida esa suma entre banderilleros y picadores. Así se fomentaría y estimularía el interés por una profesión que va desapareciendo y que todavía se sostiene con dignidad profesional gracias a los viejos.

—Yo creo que eso sería lo justo. Un 20 por 100, por ejemplo, para la cuadrilla y otro 20 por 100 para las demás atenciones. Y no tantas categorías y grupos, que tengo la seguridad y la experiencia de que no resuelven absolutamente ná de ná. Esto es así. Lo que pasa es que es mejó callarse. Un matador de categoría se enriquece en tres años. Un buen peón malvive en treinta. Pero nunca habrá acuerdo en esto. Nunca lo habrá. ¿De acuerdo?

Bombita IV —Antonio García Bermúdez, de Tomares, primo de los Bombas, gran peón, labrador, hombre de mundo, gran humorista y sevillano de oro de ley en su gracia y su estilo— vuelve a decirnos antes de que la charla se nos acabe:

—Ya le digo. Ahora vamo a la Plaza como el que va a Gayango. Ni responsabilidad, ni tembló, ni palidé. ¡Igual que antes! Claro, eso sí, que hay otras cosas buena. Pero, sinceramente, ¡son tan pocas!

Y nos saluda enarbolando, optimista y jovial, su ramita de habas, como un expresivo mensaje de que el campo —gracias a Dios— va a ser pródigo, para bien de todos.

PACO MONTERO

La ruptura de Mosquera con BOMBITA y MACHAQUITO se debió a las exigencias de éstos

Las manifestaciones del gerente de la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid, don José Alonso Orduña, hechas públicas hace pocos días, referentes a la actitud de los toreros que rehuyen de actuar en el caso monumental madrileño apenas obtienen en él un mediano éxito, nos trae a la memoria la figura del famoso don Indalecio Mosquera, de quita recordación para los aficionados veteranos.

Las justificadas lamentaciones del señor Alonso Orduña no son cosa nueva en el mundillo taurómico, porque en todas las épocas, unos más y otros menos, los toreros trataron de administrarse de la mejor manera posible, haciendo blanco de sus exigencias a los empresarios y pagando las consecuencias los espectadores.

Empresario de la vieja Plaza madrileña Mosquera—aquel gallego observador y aritmético, de las gafas de oro, que tanta popularidad alcanzó entre la afición—, al finalizar la temporada de 1908 hizo números y vió que con las leoninas condiciones de la escritura abierta y las sustituciones mantenidas por Ricardo Torres (Bombita) y Rafael González (Machaquito) se iba derecho a la ruina. Y, dispuesto a defender sus pesetas, don Indalecio preparó la batalla a los famosos lidiadores, que, como se dice en el «arçot» taurino, eran los que en aquellos tiempos «cortaban el bacalao».

No fué, como muchos creen aún, el famoso pleito de los miras —iniciado al finalizar aquel año— el motivo que originó la ruptura del empresario y los citados diestros.

En los albores del siguiente año, 1909, Mosquera, secundado por su representante, Manolo Retana, popular sacre de toreros, se dispuso a contratar para la próxima temporada a Ricardo y a Rafael, y como éstos se obstinaron en hacer valer en sus contratos las onerosas condiciones, don Indalecio tuvo el gesto de prescindir del sevillano y del cordobés.

Alborotóse el cotarro taurómico con tal motivo en superlativo grado; los críticos afectos a Bombita y a Machaquito y sus incondicionales partidarios, pusieron el grito en el cielo, y sobre Mosquera lanzáronse las más terribles amenazas.

Fué entonces cuando la Comisión organizadora de la corrida de la Prensa, y antes de que se hiciese público el cartel de abono sin los nombres de Ricardo y Rafael, anunció con el de éstos su tradicional corrida benéfica para el día 25 de marzo.

Y llegada esta fecha, en el preciso momento de hacer los toreros citados el paseo, se repartió profusamente en el pabellón una hoja, en la que la Empresa, con toda valentía, decía a los aficionados lo siguiente:

«Acercándose la fecha del abono a las corridas de toros, hemos creído conveniente aprovechar la oportunidad de hallarse reunida en nuestra hermosa Plaza la mayor parte de la afición, para facilitarle, a título de mera información, un avance de los elementos principales con que hasta la fecha se cuenta para el abono, y de los motivos o causas por las cuales no figuran en él otros muy importantes.»

Seguía la lista de toreros y ganaderos, en la que no aparecían los nombres de Bombita y Machaquito, añadiendo la Empresa:

«Faltando, como se ve, las dos figuras principales del torero moderno —Bombita y Machaquito—, toda vez que puede considerarse descartado al clásico Fuentes, parece justo decir a la afición por qué causa o motivo no vienen al abono aquellos dos diestros.

Pues bien: el empresario les ofreció todas las corridas que quisieran desde el 11 de abril hasta el 31 de octubre, con la condición de no abonarles aquellas que, por causas de heridas o enfermedad, dejaran de torear. A esta proposición contestaron que no les convenía, y que tan sólo torearían en las condiciones del año último, o sea, con escritura abierta.

Como quiera que muchos aficionados ignoran aquellas condiciones y las de la escritura abierta, exponemos aquí las principales, pidiendo otras muchas, bien importantes también, a saber:

- 1.º Obligación del empresario de darles corridas de toros todos los domingos, desde el 11 de abril al 30 de junio, y desde el 15 de septiembre al 31 de octubre, y, caso de no dárselas, abonar su importe como si las hubiesen toreado.
- 2.º Torear en cuantas corridas extraordinarias se organicen durante todo el año, o, en otro caso, abonarles su importe.
- 3.º Cobrar todas aquellas corridas que dejen de torear por causa de enfermedad o heridas, cualquiera que sea el punto en que hayan sido las mismas (Francia inclusive).
- 4.º No torear aquellas que no les convengan, con sólo advertirlo con siete días de anticipación.
- 5.º Cobrar por cada corrida con dos matadores siete mil quinientas pesetas cada uno, y seis mil quinientas cuando actúan tres o más.

Teniendo en cuenta que en estas condiciones, y dados los gastos enormes de arriendo de la Plaza, contribuciones, impuestos, etc., no era posible, sin exponerse a riesgos tan grandes o mayores que los del año último, organizar corridas de toros con tan valiosos elementos, se ha prescindido de ellos, con harto sentimiento, y se han rebajado, en justa compensación, los precios de los billetes.»

No se conocían entonces los efectos de la bomba atómica; pero el causado por tal hoja impresa fué indescriptible.

Mosquera, según había ofrecido, rebajó considerablemente el precio de los boletos; cuidó, dándoles toros de las más prestigiosas vacadas, a Vicente Pastor y Rafael el Gallo; los aficionados continuaron asistiendo a la Plaza, y cuando, al cabo de los tres años, se dispuso la tormenta, reapareciendo en el ruedo madrileño los famosos toreros, las escrituras abiertas y las sustituciones pasaron a la historia, porque la entereza del autor de los billetes kilométricos y de la Guía de Ferrocarriles —don Indalecio Mosquera— tuvo a bien disponerlos.

DON JUSTO

Modelo patentado



Fondo encarnado



Azul celeste



Fondo amarillo

¡Nada de que la gente siga ignorando quiénes son sus ídolos taurinos! Tenga usted el valor de sus opiniones y lleve en el ojal de su bien cortada americana la esmaltada insignia que le venderá su camisero, el cerillero de su café, o... su recaudador de contribuciones

Precio venta público: 5 pesetas

Pedidos de más de veinte insignias a LICERAS, Embajadores, 49. Teléfono 70772

Los toreros o corredores de toros del reino de Aragón fueron conocidos en los siglos XVI y XVII

ARAGON tiene una tradición torera que se expresa en el gusto y en la afición con que el aragonés del pueblo concurre a los espectáculos taurinos.

En tierras de Tarazona y en la parte baja de Cinco Villas (Ejea de los Caballeros y Tauste) esta afición se hace más acusada, y precisamente en ellas fué donde en las postrimerias del siglo XVI y transcurso del XVII se dió el tipo del «torero» o corredor de toros, que salía contratado de su lugar a diversas ciudades de España, pero preferentemente a Pamplona y Madrid.

Era la época en que todavía el toreo a caballo se cultivaba por los caballeros de la Corte de los reyes de la Casa de Austria en los espectáculos que pudiéramos llamar de tono; pero se organizaban otros de más baja condición, para los cuales se contrataban, mediante estipendios, hombres habilidosos, diestros en sortear toros, dar lanzadas y practicar suertes variadas, algunas de la peculiar iniciativa de aquellos hombres, a los que se denominaba toreros o corredores de toros.

Cuando a mediados del siglo XVIII los pajes y ayudantes de los aobles que torearán a caballo inician, bajo la protección de las Maestranzas de Ronda y Sevilla, la nueva era del toreo a pie, el vivero de los lidiadores se instala en Andalucía, a la sombra de los mataderos, y de allí arancará el cauce del toreo moderno, mientras se habrá extinguido el núcleo de toreros del norte: aragoneses, navarros y riojanos.

Investigando en los archivos navarros el ilustre escritor Ignacio Baleztena, «Premián de Iruña», encuentra datos muy interesantes a propósito de los toreros que a fines del siglo XVI y principios del XVII torearán en las fiestas de San Fermín, en Pamplona. Según los datos de este admirado literato e investigador, el año 1600, el abanderado de San Fermín, encargado de la compra de toros y contrata de toreros, ajustó para las corridas del programa de festejos, en honor del Santo Patrón, a cuatro corredores de toros y un trompeta del reino de Aragón. Se llamaban estos lidiadores Diego de Armandáriz, Cristóbal de Oliveros, Diego de Latorre, Miguel de Colato y Gabriel Castellano, y eran vecinos de las villas de Ambel, Torrellas, Tarazona, Los Fagos y Borja.

Los tres primeros cobraban la suma de 754 reales. Suponemos que estos toreros, según costumbre de la época, serían contratados para, además de correr los toros, formar cuadrilla de danzantes y bailar paloteado y danza de las espadas en las procesiones y otros actos públicos.

El año 1604 actuó en Pamplona Lorente de San Juan, torero notable de Tarazona. Le acompañaron en la actuación los otros toreros del reino de Aragón, Cristóbal de Oliveros, Diego Bretón, Miguel de Colato y Diego de Armandáriz, habiendo toreado y llevado a cargo lucidas y arriesgadas suertes, a gran satisfacción y regocijo de los pamplonicos.

El año 1607 se contrató a Lorente y acompañantes por la suma de 800 reales. Fué el lidiador de Tarazona al frente de una danza, compuesta de ocho danzantes, un galtero y un bobo. En el capeo de los toros le ayudaron cinco de sus compañeros.

Ese mismo año, Miguel Sánchez, de Borja, que actuó aisladamente fuera de la cuadrilla de Lorente, hizo varias suertes que gustaron muchísimo. Se le recompensó con veinticuatro reales.

Más avanzado el siglo XVII, hubo en la villa de Tauste un torero famoso, llamado Antonio Estoregui, que alguna vez fué contratado en Madrid.

De lo dicho se deduce que no están en lo cierto los que creen que el oficio remunerado de lidiar toros tuvo su nacimiento en el siglo XVIII, cuando terminó, por decirlo así, la época en que predominaron en el ruedo los caballeros que rejoneaban: los Medina-Sidonia, Grajal, Villamediana, Tendilla y tantos otros.

Los toreros se clasificaban en toreros «de banda» y «ventureros». Los primeros eran los contratados, y se denominaban así por la banda que usaban de distintivo para entrar en la Plaza. Los «ventureros» eran los que se ofrecían a torear sin contrato alguno, y sus ganancias dependían del mayor o menor éxito logrado. Los «ventureros» fueron, por tanto, los antecesores en línea directa de los aficionados de las capeas.

Gente humildísima, aquellos toreros aragoneses, que por módico estipendio iban a las ciudades en fiestas a sortear los toros de diferentes maneras, a darles lanzadas, a tomar parte en el dance, voltear, disparar cohetes y a bailar en sarnos; a la ocasión se terciaba, figuraron con los toreros navarros y riojanos en el grupo de los iniciadores del toreo a pie.

ANTONIO MARTIN RUIZ



Mosquera



XEREZ-QUINA

EL APERITIVO QUE TOMA TODO EL MUNDO



VALDESPINO JEREZ

EL AGUA Y LA AFICION



Ya en cierta ocasión trajimos al hueco de esta página, que ilustramos con una fotografía, a dos esforzados aficionados que charlaban amigablemente y completamente solos en un tendido de sol.

Hoy queremos demostrar que las inclemencias del tiempo tampoco influyen más que en los espíritus pobres. Aquí verán ustedes, si se fijan con detenimiento, a tres personas. Una de ellas, con un paraguas; otra, con los brazos en la postura más gitana posible, y la tercera, junto a la entrada del tendido bajo, enfocando el objetivo de su máquina.

Esta última, víctima del cumplimiento del deber, no nos sirve. La primera, que se acoge bajo la protección de su paraguas, pues ha sabido ser previsor, tampoco, porque, al fin y al cabo, tiene algo que le defiende de la lluvia. Pero la tercera, que se halla de pie en la delantera de tendido bajo, ésa es digna de figurar al lado de aquellos dos que aguantaban con toda placidez el azote del sol de la canícula.

Pero lo verdaderamente importante de esta figura es esa postura a que ya hemos hecho referencia. Está con los brazos en jarras y mira algo de lado como si pensara: «Pues no sé por qué se van. ¡No creo que la cosa sea para tanto!»

¡Para la sombra y el SOL!

Cada siete días una vara

EL TORERO SIN TORO

Nos acaban de dar la noticia, y cuando lean ustedes esto, suponemos que ya estarán ustedes enterados. Se trata de que a Manolete le han llamado de Hollywood para actuar ante las figuras del cine americano, que casi es como decir del cine mundial.

La fama del cordobés no conoce fronteras y ha llegado hasta el apacible retiro de las figuras del celuloide, que han manifestado sus vehementes deseos de contemplar al «monstruo».

Pero lo bueno del contrato es que la exhibición para la que ha sido contratado Manolete tiene que ser sin toro. El diestro ha de torear de salón, es decir, sin enemigo. Es condición indispensable.

Claro está — y de eso es de lo que no se dan cuenta ellos — que así no van a ver torear a Manolete, ni en este caso el cordobés logrará colmar las ilusiones que los astros cinematográficos han puesto en él. Porque Manolete sin toro es como una carabina sin munición.

Claro está que a él le dará igual. Y además, que su pase favorito — el del desprecio — lo podrá hacer desde el principio al fin de la exhibición.

Pero a ellos les gustaría más para esto para esto Albaicín.



UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y
ENFERMEDADES DE LA PIEL.

QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS

Censura
sanitaria
núm. 3970

PLAZA DE TOROS DE ALCALA DE HENARES

(Completamente reformada)

EL DOMINGO 7 ABRIL, 5 TARDE
INAUGURACION TEMPORADA

SEIS toros
de D. Juan Guardiola, de Sevilla, para

ARMILLITA
ANTONIO
BIENVENIDA

y

PARRITÁ

La Empresa abrirá una taquilla en Madrid, Jardines, 35, (esquina a Peligros), a partir del viernes, día 5, desde las 11 de la mañana. Amplio servicio de autobuses y trenes especiales, cuyos billetes se pueden adquirir en el mismo despacho de la Empresa.

Una anécdota a la semana

No mata usted más que monas

EN todas partes cuecen habas, y en todos los tiempos. El espectador que aprovechando la mala tarde de un espada se mete con él y no lo deja en paz mientras dura la corrida, ha existido siempre. Y si el matador era de clase, mucho mejor, pues entonces en vez de uno, había, hay y habrá, una docena, capaces de poner de punta al más paciente de los coletudos.

Así, por tanto, en los tiempos de Guerrita había espectadores de esta clase. Y en una ocasión le tocó al fenómeno cordobés un moscón de estos que, aprovechando la mala actuación de El Califa y su proximidad a la barrera, no le dejó parar en las dos horas que duró el festejo.

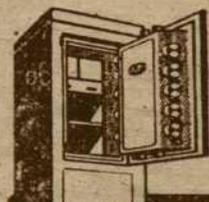
Cuando, ya terminada la actuación del Guerra, este se dirigió a la barrera a dejar los trastos de matar, el espectador, a voz en cuello, le gritó:

— ¡Malo! ¿No cobra usted seis mil del ala? Pues no se nota, ¡porque no mata usted más que monas!

Indignado Rafael, y sin poder contener ya

cuanto llevaba escuchado, se encará con el individuo y le dijo:

— ¡Sí, ¿eh? Pues entóavía no le he matado a usted, malage.

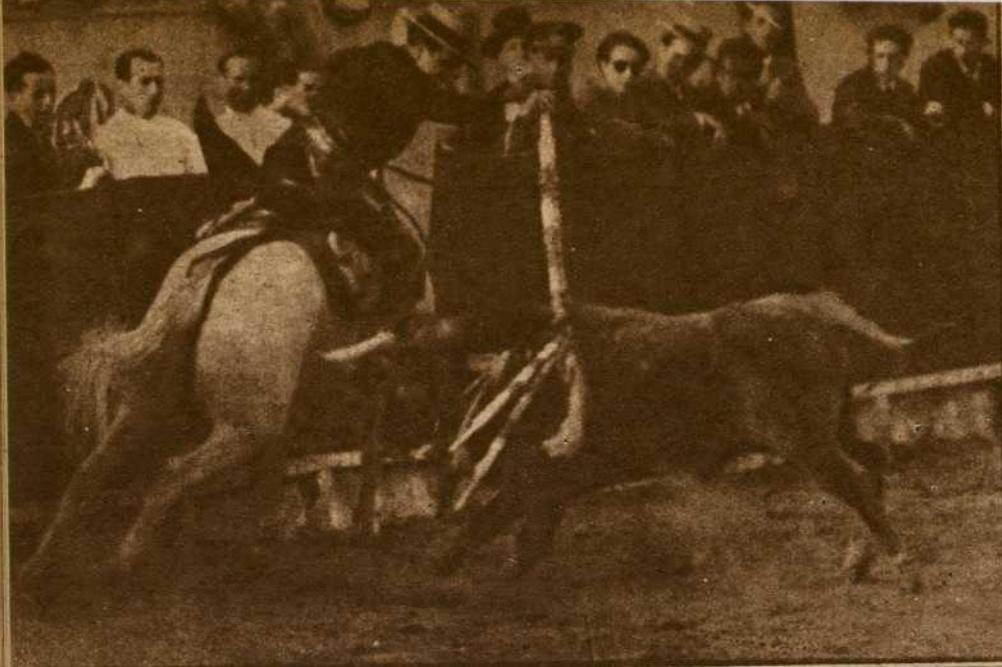


GRUBER

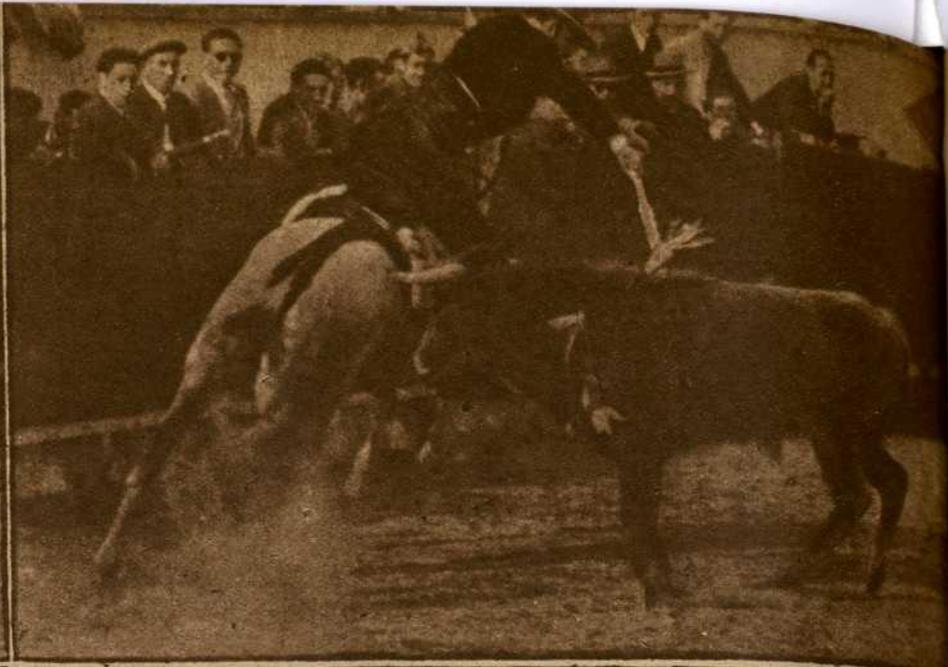
ANTES DE COMPRAR
UNA CAJA, PIDA
CATALOGO A LA
FABRICA MAS
IMPORTANTE DEL
RAMO

ARCAS GRUBER
S. A.
BILBAO

SUCURSAL EN MADRID: FERRAZ, 8

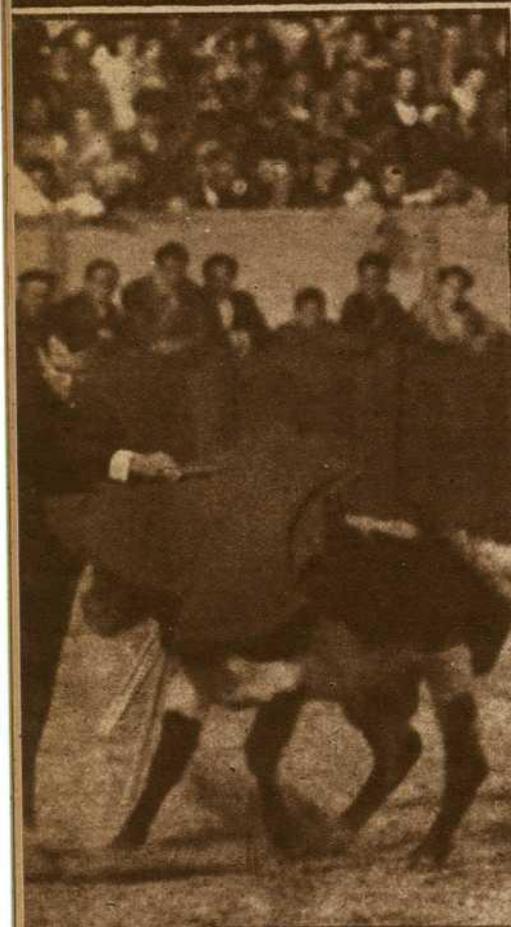


Juan Belmonte colocando un par de banderillas a su novillo en el festival de Colmenar

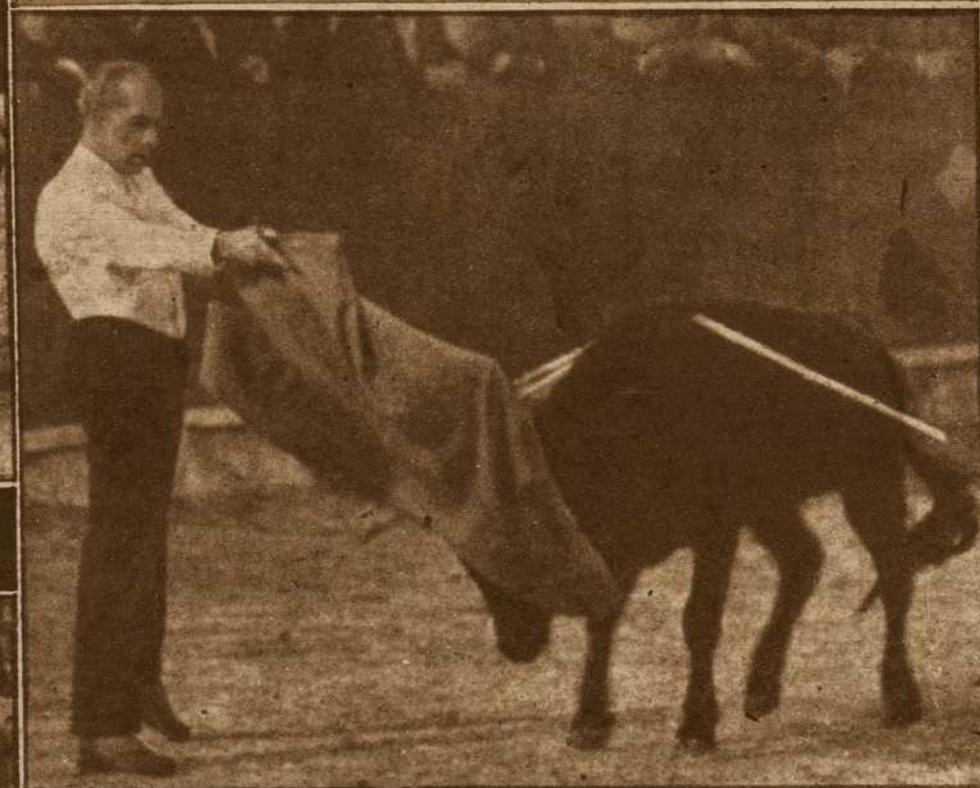


El duque de Pinhermoso en el momento de clavar un par de banderillas

FESTIVAL EN COLMENAR
Pinohermoso, Belmonte,
Ortega, La Serna, Llorente
y el aficionado Bollain



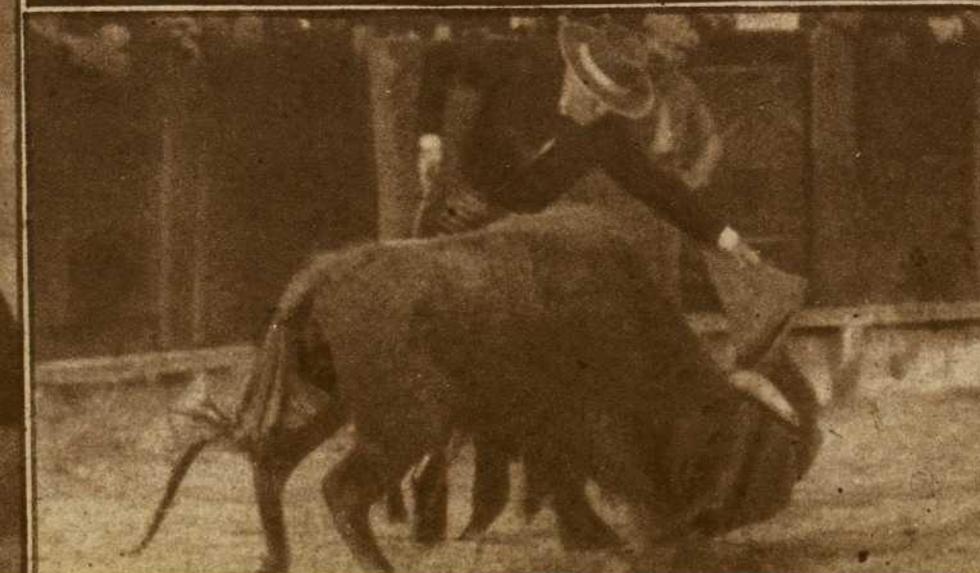
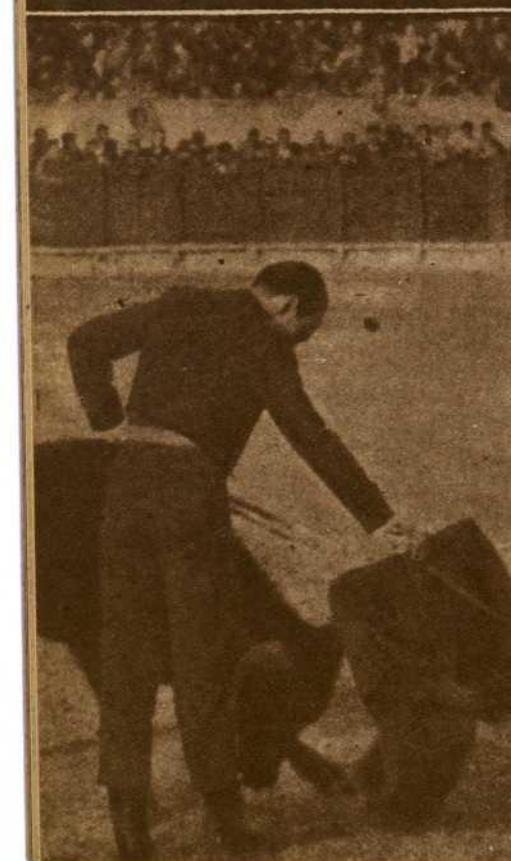
Arriba: Ortega en un ayudado por alto.—Abajo: La Serna en un pase por bajo

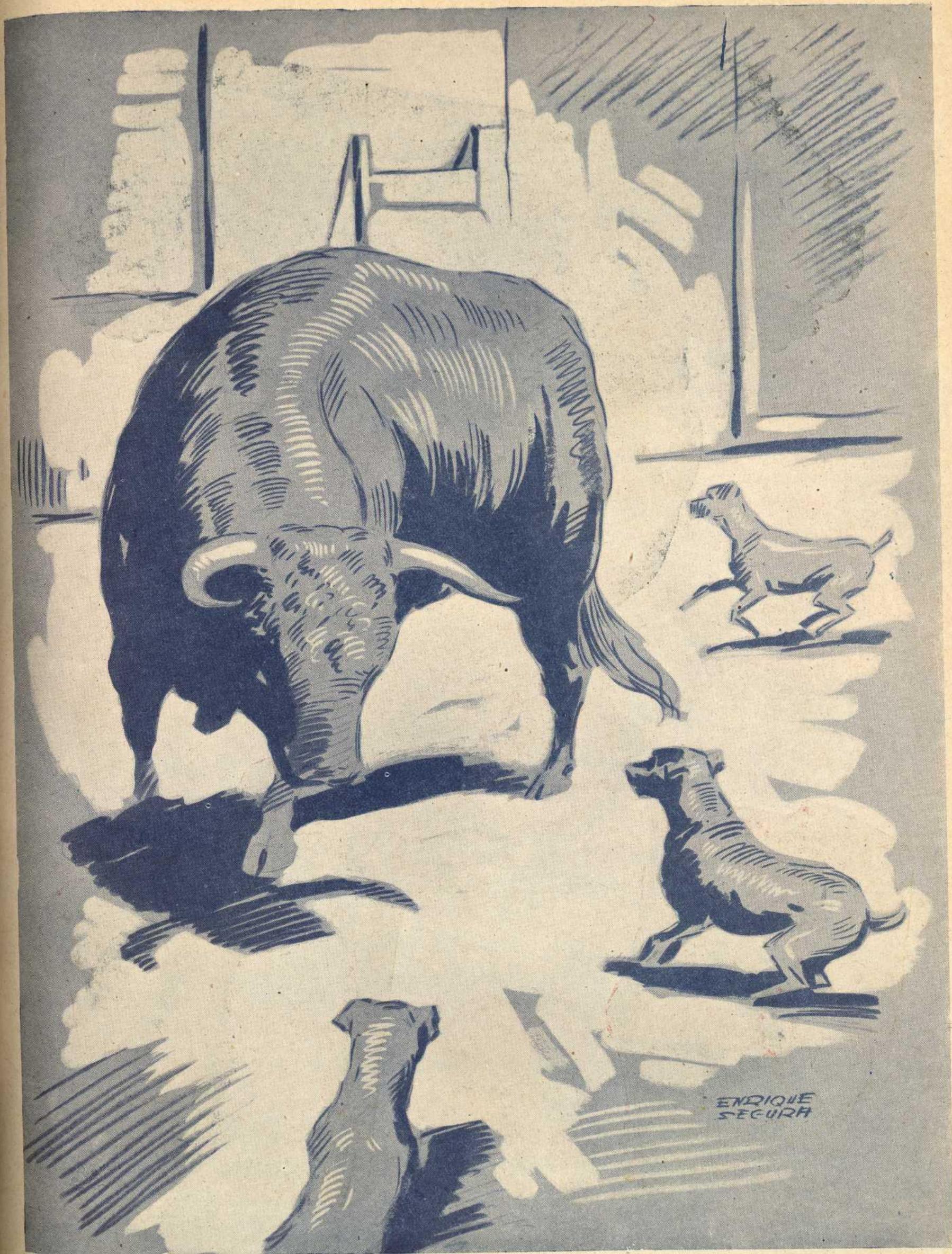


El aficionado Bollain en un estatuarjo.—Abajo: El duque de Pinohermoso toreando al natural



Belmonte, que echó pie a tierra, toreando de muleta.—Abajo: Llorente en una verónica (Fots. Marl)





ENRIQUE
SEGURA

Perros acosando a un toro
(Dibujo de Enrique Segura)



Toreros célebres: José Lara, Chicorro
(Dibujo de Enrique Segura)